

TERERÉ JERE

**Alternativas a la
sociedad paraguaya actual**



Luis Rojas Villagra

Tereré jere

Alternativas a la sociedad paraguaya actual

Luis Rojas Villagra





Ayolas 807 esq. Humaitá
Tel. (595-21) 451 217 Fax. (595-21) 498 306
baseis@baseis.org.py
www.baseis.org.py
Asunción, Paraguay

Esta publicación fue apoyada con recursos de la Fundación Rosa Luxemburgo con fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ)



Tereré Jere. Alternativas a la sociedad paraguaya actual, Luis Rojas Villagra, 2015, 1^{ra} edición.

Corrección y fotografía de tapa: Lisa Meyer

ISBN: 978-99967-788-7-2

(Asunción, BASE-IS, diciembre 2015)



Copyleft.



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones.



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: Solo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Las opiniones vertidas en esta publicación no necesariamente reflejan la posición de los editores, y son de exclusiva responsabilidad del autor.

*a los y las indígenas
a los campesinos y campesinas
de estas tierras
de ayer
de hoy
de mañana*

¿dónde se puede encontrar un pueblo tan afanosamente enamorado de la palabra que todo el tiempo la utiliza en el tereré, motivo para suspender sus actividades e iniciar la conversación?

...el tereré es el lazo de la reciprocidad en Paraguay...

...la posibilidad de regenerar otras estructuras de reciprocidad que produce el sentimiento de pertenecer a una realidad humana más alta, y que se trata de hacer crecer mediante el diálogo...

...en Paraguay es una condición real y habitual de vida social. Quién no es capaz de ofrecer y tomar el tereré, pierde la cara, es un descarado...

...los paraguayos no están sin tierra y sin palabra porque la reciprocidad matriz del ser social está en todas partes vigente por la visibilidad del cuerpo que siente la tierra y por la práctica generalizada del tereré y de la conversación. Por lo tanto, en el Paraguay es necesario dar al principio de la reciprocidad, no al de la exclusividad egoísta, una territorialidad más amplia, otra extensión económica, social y política...

Bartomeu Melià
Dominique Temple

El don, la venganza y otras formas de economía guaraní

Índice

Prólogo.....	11
Introducción	15
1. Una nueva cultura	21
Buen vivir y bien estar	22
Actualidad del colonialismo.....	27
Cultura, educación y comunicación alternativas.....	31
Una nueva práctica política.....	43
2. Una nueva economía.....	53
Reforma agraria, agroecología e industrialización.....	56
Formas de organización, propiedad y viviendas	67
Servicios, ambiente y energía	78
Bibliografía	89

Prólogo

Inventar alternativas

Un viajero suizo, Juan R. Rengger, que en tiempos del Dr. José Gaspar Rodrigues de França –el doctor Francia– consiguió entrar en el Paraguay y después, lo más extraordinario para él, consiguió también salir, escribió una frase en 1835 que resulta inquietante: La historia del Paraguay no es sino la historia de la destrucción de la nación guaraní.

Para entonces, el Paraguay conservaba íntegramente sus montes y ríos, una población de costumbres sobrias y austeras, las tierras eran de uso común, las estancias de ganado eran de la patria para beneficio de todos, no había usureros ni bancos, no había deudas con ningún otro país y la inmigración estaba rigurosamente controlada. La oligarquía de estancieros carecía de poder. Se diría que el colonialismo había terminado de una vez. ¿Qué más se podía pedir para vivir con tranquilidad?

¿Dónde estaba entonces la destrucción de la nación guaraní?

Había temor y desconfianza, cada vecino e incluso cada familiar podía ser un espía. El Dictador Supremo era todo ojos y oídos, pero la gente no veía ni hablaba. Si el Paraguay presentaba una imagen romántica a primer golpe de vista, los asesinatos que habían marcado los inicios del gobierno francista todavía estaban en el aire; el olor a pólvora no se había disipado.

Después fue peor. La dictadura modernizante y progresista de Carlos Antonio López que sucedió, fue el camino hacia el abismo de una guerra de exterminio, cuyas consecuencias se hacen sentir hasta hoy. El Paraguay era ahora más dependiente que nunca de potencias extranjeras.

Entrar en ese cuarto oscuro de la historia del Paraguay es un deber y una necesidad, debería ser la tarea primordial de maestros e intelectuales, políticos y hombres de gobierno y para cualquiera que quiera mantener una opinión. "Nada soporta mejor el paso del tiempo que la mentira", decía el novelista Rafael Chirbes. Si no podemos ver y clarear la mentira, intentemos por lo menos palparla y sentirla. No nos calleemos.

Ni los medios de comunicación nacionales ni internacionales ni la escuela han tomado en serio sobre sí esta tarea. Hay que informarse con datos fidedignos. Los que manejamos, en general no lo son. Se dice, creo que con mucho acierto, que los sabios de hoy no ven televisión para mantener su pensamiento libre y actuante. En la forma en que está siendo usado el celular, por ejemplo, amplía y profundiza la ignorancia al volverse instrumento de distracción y dispersión. "En esa era de la comunicación global no sé lo que me ocurre que no me entero de nada", decía El Roto, en una viñeta El País (Madrid).

¿Qué pasó en Curuguay?, es todavía la gran pregunta sin respuesta. ¿Masacre a nivel nacional o ensayo de política internacional, globo de ensayo para derrocar democracias mediante juicio político exprés? ¿No se ha intentado ya aplicarlo en otros países?

En este libro que se presenta como una rueda de tereré, más que la del autor, se escuchan las muchas voces de quienes están preocupados por encontrar alternativas al rumbo que lleva al precipicio. El panorama es sombrío, como en los crepúsculos, pero no todo está perdido y se reúne aquí un enorme caudal de esperanzas y alternativas que ya tuvieron éxito y que incentivan a caminar, haciendo camino.

La historia es libre y nunca se repite, pues tiene padre y madre, hermanos, parientes y vecinos que en sus reuniones inventan soluciones realistas y les dan el visto bueno porque ya las han llevado a la práctica. La vida es pensamiento, conocimiento, planificación y trabajo, pero también juego de aciertos y errores. Creo que no se puede vivir en un país, si no lo inventamos cada día.

Lo apreciable de estas alternativas es que no son planes de gobierno bajados desde arriba y a veces desde más arriba todavía por quienes imponen fórmulas coloniales globales e imperialistas, sino una 'minga'

de manos unidas y de voces unidas en propuestas y tareas consensuadas. Muchos aspectos de la política guaraní tradicional son rescatados, como lo han hecho y hacen muchas democracias en el mundo al seguir las enseñanzas de su historia auténtica y de sus tradiciones.

Apelar al modo de ser guaraní y a sus estrategias no es folclore trasnochado sino inventar un futuro que ha estado ausente de la vida del Paraguay colonial durante siglos.

Aun después de su destrucción, la nación guaraní ofrece alternativas para la construcción de la nación paraguaya.

Bartomeu Melià
Diciembre de 2015

Introducción

La realidad actual del Paraguay y de la población que lo habita es claramente inaceptable e indignante, desde el punto de vista del bien común, de la satisfacción de las necesidades básicas de amplios grupos humanos y del goce de los derechos humanos universalmente reconocidos. La economía, la política, la educación, los medios de comunicación, las prácticas cotidianas, en suma, la organización social existente en el país ha mostrado claros límites y evidente incapacidad para dotar a toda la población de condiciones dignas de vida, a partir del trabajo, el acceso a tierra y vivienda, a educación y salud de calidad, sin pobreza y desigualdades extremas como las que hoy se observan en el país y la región. Los hombres y las mujeres que vivimos en estas tierras de generosa naturaleza, no solo merecemos gozar de esos bienes y servicios esenciales para la vida, sino que existen todas las condiciones para que ello sea realidad y no un sueño lejano: un enorme potencial de trabajo en la población; una cultura histórica con fuertes trazos de solidaridad y cooperación; un territorio dotado de abundantes bienes como tierra fértil, agua y biodiversidad; enormes necesidades humanas, que la adecuada combinación de trabajo, organización social y política, medios productivos y el uso racional de los recursos naturales pueden satisfacer ampliamente, sin comprometer el futuro de las generaciones venideras.

La evidencia empírica cotidiana sobre la paradójica coexistencia de inhumanas carencias y grandes recursos productivos, nos convoca a pensar, discutir e impulsar colectivamente alternativas a la sociedad actual en que vivimos. Los modos de producir, los de participar, los de construir conocimientos, los de comunicar, los modos de relacionarnos con la naturaleza, pueden cambiar, más aún, deben cambiar, si

queremos como sociedad llegar a satisfacer las necesidades hoy no satisfechas de miles de paraguayos y paraguayas, puesto que los caminos transitados insistentemente en las últimas décadas han mostrado no ser los adecuados para ese fin, el de la sociedad incluyente donde predomine el bien común. Decía Albert Einstein que la locura es “hacer la misma cosa una y otra vez esperando obtener diferentes resultados”¹; las clases dominantes del Paraguay, obedientes al capital internacional, vienen apostando a un supuesto desarrollo del país desde hace 150 años hasta hoy, con un modelo económico agroexportador extractivista sustentado en la concentración de la tierra, que lo que ha mostrado es ser muy útil para el progreso económico de una minoría de la población y del capital foráneo, además de la exclusión social de millones de personas, y el aniquilamiento de las riquezas naturales. Lo que se impone a estas alturas del siglo XXI es dejar de apostar a lo mismo como sugiere el gran físico alemán, y construir colectivamente propuestas y realidades distintas, que sean verdaderas alternativas de desarrollo, soberanía e inclusión, de *buen vivir*² para todos y todas.

Enfatizamos que los actuales modos de vivir y hacer deben cambiar, porque el modelo de sociedad actual ha mostrado ser destructivo con la naturaleza y la propia raza humana, comprometiendo peligrosamente la vida, toda forma de vida, humana, vegetal y animal. El calentamiento global, el cambio climático, los gases de efecto invernadero, la masiva deforestación, la extinción de miles de especies de seres vivos, la contaminación creciente del aire, tierra y agua, las múltiples epidemias y enfermedades que se expanden en nuestros pueblos, son las innegables y dolorosas consecuencias de la sociedad centrada en el dinero, en la acumulación de capital, en el consumismo exacerbado, en la pérdida de horizontes y sentidos como seres humanos, más allá de la riqueza material y el placer del momento. Encontrar alternativas a la sociedad actual ha dejado de ser una opción o posibilidad, se ha convertido en este momento histórico en una condición de existencia y supervivencia

¹ <http://www.muyhistoria.es/contemporanea/articulo/quince-frases-geniales-de-albert-einstein>

² El buen vivir es una concepción y práctica de los pueblos originarios de sudamérica, conocida como *sumak kawsay* en Quechua y *suma qamaña* en Aymara, semejante al *teko porã* de la experiencia Guaraní.

en el planeta y en cada uno de sus rincones, como es nuestra querida “isla rodeada de tierra en el corazón del continente”³, el *yvy marane’y*⁴ de sus antiguos, hoy marginados, pobladores.

Este trabajo es un pequeño aporte en la búsqueda colectiva de esas alternativas, y está organizado a partir del siguiente interrogante: ¿Cuáles serían los elementos esenciales a considerar al pensar en un proyecto alternativo de sociedad en el Paraguay?. No es tarea fácil imaginar una sociedad diferente a la actual que pueda ser impulsada por las mayorías sociales de nuestro país en los próximos años, en las próximas décadas. Soñar con un futuro diferente, más humano y habitable, más sencillo y comunitario, es un paso necesario, pero sin perder de vista lo que hoy somos, lo que hemos hecho y lo que no hicimos, que constituye nuestro punto de partida para proyectarnos hacia el futuro. No existe una sola respuesta a la pregunta planteada, no existen verdades ni certezas, pero en el pueblo, en las personas del mundo rural y del urbano, en los campesinos, indígenas, trabajadores y trabajadoras, en los ancianos y ancianas, adultos, jóvenes, niños y niñas, existen deseos, intuiciones, visiones, esperanzas, ideas, proyectos, prácticas, palabras, historias, símbolos, sentimientos, conocimientos, gestos y caricias, cargados de pasado, de presente y de futuro, con todo lo cual podemos balbucear, garabatear, imaginar una sociedad alternativa para el Paraguay.

El *tereré jere*, la ronda de *tereré* con las amigas/os, vecinas/os, familiares, colegas, compañeras/os, camaradas y/o compueblanos, es un espacio/tiempo ideal para esa tarea, para esa construcción, en los barrios, los asentamientos, las plazas, las canchas, los mercados, las calles y tantos otros lugares que nos permiten encontrarnos, compartir el frescor del agua, *ka'a ha pohã ro'ysã*⁵, las palabras, las miradas, los silencios. El *tereré jere* es una expresión esencial de la cultura paraguaya, de la solidaridad, del compartir, del reconocernos como comunidad, como pueblo, con un lenguaje, una historia, raíces e identidad comunes. Es la reciprocidad indígena, campesina, paraguaya, contraria a la cultura individual y competitiva del capitalismo, del colonialismo.

³ Augusto Roa Bastos, “Paraguay, una isla rodeada de tierra”, UNESCO, 1977.

⁴ Tierra sin mal.

⁵ Yerba y remedios refrescantes.

Lo alternativo, lo diferente a lo hegemónico, ha existido en el pasado en diferentes momentos de la historia, y sigue existiendo en la actualidad, en diferentes sectores y dimensiones de la sociedad; así mismo, lo alternativo a lo que hoy predomina existirá en el futuro, por lo dinámico y cambiante de todas las sociedades humanas, por el movimiento dialéctico incesante que transforma la materia y la cultura, por la conciencia creciente de diferentes grupos humanos, organizados y no organizados, de que un nuevo tipo de sociedad, de relacionamiento, de vivir, debe ser construido colectivamente, a pesar de los muchos impedimentos existentes. La confrontación entre las fuerzas conservadoras del (des) orden actual y las fuerzas portadoras de impulsos transformadores será incesante mientras existan excluidos, marginados o explotados de un lado y acaparadores, opulentos y explotadores por el otro, situación que se presenta en la mayor parte del mundo actual, organizado a partir del pensamiento neoliberal, la búsqueda del lucro, la desigualdad económica y la competencia encarnizada por el mercado. Las fuerzas de quienes buscan defender sus privilegios y quienes buscan conquistar sus derechos más elementales marcarán una y otra vez episodios esperanzadores o trágicos en la historia de nuestros pueblos, hasta el día en que estas polarizaciones sociales den paso a condiciones de vida dignas para todos y todas, superando los enormes contrastes de clases, mediante procesos de lucha y construcción popular, que puedan superar la organización mercantilista y excluyente actual.

Las experiencias alternativas del pasado conjuntamente con las prácticas contrahegemónicas dispersas en la actualidad, en diversas regiones y territorios, pueden ser magníficos ingredientes para imaginar, dibujar e inventar un futuro alternativo al capitalismo depredador de nuestros días. El Paraguay cuenta en su haber con ricas historias de construcciones alternativas, comunitarias e incluyentes, que deben ser releídas desde el presente para trascender los esquemas de la cultura dominante, colonial e individualista, y así proyectar propuestas alternativas: en esta dirección debemos recuperar las experiencias de los pueblos indígenas, de las múltiples étnias que habitaron y habitan el Paraguay, con sus prácticas y cosmovisión comunitaria, de reciprocidad y armonía; la compleja historia de las reducciones jesuitas con sus

errores y aciertos; la experiencia de la independencia política y económica lograda durante el periodo independiente de 1811 a 1870; la trunca experiencia de la revolución febrerista de 1936; las indispensables experiencias comunitarias llevadas adelante por las Ligas Agrarias campesinas en las décadas de 1960 y 1970; las heroicas conquistas de tierra para asentamientos a partir de 1980 hasta principios del presente siglo, y las diversas resistencias productivas y culturales, opuestas a las formas hegemónicas de organización. Todo este *humus histórico*, esta tierra fértil forjada a sudor y sangre, puede permitir la germinación y crecimiento de un nuevo modo de ser y de estar en el mundo, ya en otro momento histórico, dominado por la modernidad y la tecnología, pero que puede ser redefinido y reorientado según la conciencia y la voluntad colectivas, hechas y rehechas una y otra vez en el devenir histórico indetenible.

Expreso mi sincero agradecimiento a la Fundación Rosa Luxemburgo por facilitar la realización del presente estudio; al equipo de BASE Investigaciones Sociales por todo el apoyo ofrecido a esta investigación, y por las ricas discusiones que tuvimos a lo largo de su desarrollo; a los entrevistados y las entrevistadas, quiénes con sus voces y experiencias hicieron posible esta reflexión colectiva; al Padre Bartomeu Melià, por todos los aportes generosamente ofrecidos a este trabajo; a mi compañera Lisa, por ser mi maestra cotidiana en el arte de la reciprocidad y el amor a cada ser humano; a Nahuel y Fede, por cada minuto compartido y esos abrazos al llegar a casa.

1. Una nueva cultura

Si pensamos en construir una sociedad alternativa, diferente a la actual, donde la economía y la política estén organizadas en torno a un eje central constituido por el bien común y la preservación de la naturaleza, debemos asumir que una nueva cultura, nuevos modos de pensar y sentir, de valorar y amar, de ser y estar, son condiciones necesarias e incluso previas a la realización del proyecto alternativo. En rigor, no será una cultura enteramente nueva, sino la síntesis en tiempo presente de la compleja experiencia histórica, desde las vivencias de los pueblos indígenas de *nuestramérica*, la conquista y colonización impulsadas desde las potencias europeas, las luchas y construcciones independentistas, los proyectos represivos en clave imperialista y oligárquica, las diversas construcciones y resistencias populares. La nueva cultura alternativa a la de la sociedad neoliberal es en términos dialécticos la síntesis superadora de la cultura anterior, que forma su basamento, su sustancia, pero que es modificada y reorientada mediante el pensamiento crítico, la conciencia política y la voluntad colectiva, que descarta lo negativo y rescata lo positivo de esas experiencias, y finalmente las concretiza en prácticas y vivencias alternativas.

El antropólogo jesuita e investigador de la cultura guaraní, Bartolomé Melià, ha llegado a la conclusión de que los pueblos indígenas en todos los países de América Latina son la memoria del futuro, la sustancia indispensable, al punto que “si no existieran, habría que inventarlos” (Melià, 2012). Se hace necesario el retorno a ese caudaloso y silenciado tesoro escondido en lo más hondo de nuestra memoria colectiva, constituido por los largos siglos de vivencias indígenas en los generosos territorios de *nuestramérica*, de modo a levantar nuevamente la cabeza y tomar aire puro por sobre el mar contaminado y angus-

tante de la cultura capitalista neoliberal, que lo cubre todo, inundando nuestros ojos y nuestras mentes con prácticas y deseos extremadamente consumistas, egoístas, amarrados en los lazos de la competencia, del fetichismo mercantil, la búsqueda interminable de riquezas materiales, de dinero, de propiedades, que finalmente nos deshumaniza, nos vuelve meros objetos al servicio del Dios mercado, seres autómatas sin voluntad ni criterio, mentes colonizadas y teledirigidas por el gran capital y sus instrumentos de comunicación (y dirección) de masas.

Ese levantar la cabeza más allá de nuestro alrededor, revisitando mediante nuestra memoria colectiva como pueblo, mediante nuestro poder de reflexión y abstracción compartidos, nos permitirá sortear las murallas que encierran nuestro entendimiento y coartan la capacidad de soñar, recuperando diversas prácticas históricas que llevan un potencial alternativo para el presente y la proyección del futuro. En este esfuerzo colectivo se han embarcado varios colectivos y grupos humanos del continente, rescatando experiencias y cosmovisiones indígenas para repensar la sociedad y el papel de los Estados, como en el caso del buen vivir, el *suma qamaña* del pueblo Aymara y el *sumak kawsay* de los Quechua, incorporados en parte al debate político y luego a las políticas públicas en los casos de Bolivia y Ecuador, debates que han trascendido en toda América Latina con mayor o menor fuerza.

Buen vivir y bien estar

El capitalismo del siglo XXI ha desarrollado en el mundo y en nuestramérica una sensación generalizada de malestar, tanto físico como mental y espiritual, por un lado por las carencias materiales de bienes y servicios básicos para una vida digna, que afectan a millones de personas, y por el otro, por la cultura que lo acompaña, de insatisfacción permanente frente al objetivo supremo del tener, del querer siempre más, dinero, bienes, lujos, placeres, dado que es lo que se valora (adora) y da estatus social a quienes los detentan. Gran parte de ese malestar social se canaliza o tiene puntos de erupción en hechos de violencia, peleas verbales y físicas entre familiares, vecinos, barras bravas o desconocidos; actos delictivos con alta dosis de violencia; represiones sistemáticas hacia sujetos sociales determinados; suicidios,

homicidios o matanzas en los más variados contextos, entre muchas otras expresiones que denotan un enorme grado de insatisfacción, angustia y/o frustración en las personas.

Valores y prácticas que la humanidad desarrolló por centurias quedan progresivamente desterrados en los ciudadanos y ciudadanas del mercado, para quiénes la solidaridad, cooperación, entrega desinteresada, el amor a la patria y al pueblo, el dar sin esperar recibir, el pensar en colectivo, el bien común y el bienestar de todos, el respeto y disfrute de la naturaleza, son palabras y hábitos fuera de moda, casi insustanciales y olvidados en las vivencias cotidianas de nuestra sociedad actual. El capitalismo neoliberal impone el *american way of life* (el estilo de vida americano) como ideal a ser alcanzado por las personas y las sociedades, con sus costumbres y hábitos, como el *fast food* (comida rápida), la cultura del espectáculo estilo *Hollywood*, el consumismo y el descarte, etc., en casi todos los rincones del mundo, mediante el proceso conocido como globalización. Esta cultura que se va imponiendo en países tan diversos como Italia, Sudáfrica, Corea o Paraguay, produce un desgarramiento social muy traumático, pues se impone sobre lo que queda de las culturas populares y autóctonas, aplastándolas y extirpándolas progresivamente, en un proceso de desculturación impuesto unilateralmente por las clases dominantes, siempre minoritarias y con mucho poder. Muchos de los países donde se va imponiendo el imaginario consumista no tienen las condiciones materiales, económicas ni financieras para acceder al estilo de vida estadounidense, a excepción de esas pequeñas minorías que controlan la mayor parte de la riqueza y el poder. De hecho, es absolutamente inviable la generalización de esa forma de vida a toda la población del planeta Tierra, porque implicaría un descomunal derroche diario de recursos naturales y económicos que, sencillamente, no existen⁶. Como afirma el Papa Francisco en la encíclica *Laudato Si* “Conocemos bien la imposibilidad de sostener el actual nivel de consumo de los países más desarrollados y de los sectores más ricos de las sociedades, donde el hábito de gastar y tirar al-

⁶ Para que toda la humanidad pueda acceder al consumo promedio de un ciudadano norteamericano, se necesitarían 4 planetas Tierra para soportar dicho nivel de producción y consumo, según un informe de organismo internacional WWF del 2014.

canza niveles inauditos. Ya han rebasado ciertos límites de explotación del planeta, sin que hayamos resuelto el problema de la pobreza”⁷. Por ello es que un modelo alternativo de sociedad no significa solamente una forma distinta de producir, sino también una nueva forma de consumir, más austera y sustentable, y por tanto, una nueva cultura con esos atributos.

Y es en esta dirección que la contribución de las experiencias históricas de los pueblos del continente son gravitantes e indispensables. En el territorio actual del Paraguay y parte del Brasil, Argentina y Bolivia, los pueblos guaraníes desarrollaron una experiencia de comunidad y de vivir muy fecundas en sus pensamientos y prácticas. Volviendo al pensamiento de Bartomeu Melià, el buen vivir guaraní es el *teko porã*, donde *teko* es el modo de ser y de estar en un lugar determinado, y *porã* es el bien, lo bueno, por tanto ambas palabras (prácticas) son el buen modo de ser y el bien estar de los guaraníes (Melià; 2012). Esto incluye la cultura, las costumbres y los hábitos vividos cotidianamente por los miembros de las comunidades, son experiencias reales que se vuelven sentimiento, pensamiento y cosmovisión del mundo, y por tanto, filosofía de vida. El *teko porã* es la buena manera de estar en un territorio, es la buena manera de ser de los guaraníes.

Y no es una manera de ser individual, sino compartida, la buena vida es con los demás, en relación, no de forma aislada. Melià reflexiona sobre esto señalando que no se puede conocer este *teko porã* sin vivirlo, sin estar de ese modo en el mundo. No es una idea que pueda transmitirse oralmente, ni una teoría a enseñar, es una experiencia concreta de ser y estar que genera sentimientos y valores, pensamientos y acciones: el *teko porã* no es conocible sin su vivencia, no es alcanzable sin experimentarlo, no es entendible sin practicarlo. El ser y el bien estar guaraní es vida hecha pensamientos, es el compartir de una manera comunitaria y ritualista, incluso con la naturaleza. La descripción que hace Melià del *teko porã* guaraní es más que ilustrativa:

⁷ Papa Francisco, 2015, pág. 22.

“...nunca hubiera sabido el significado de la expresión teko porã si no me hubiera sido dado la ocasión de estar en ese modo de ser. ¿Qué hay en él? Hay pobreza de recursos, moderación en el consumo y paz en la convivencia. Esta experiencia de vida va desde el levantarse de la hamaca, tomar el mate junto al fuego, sentir cómo se disipa la niebla de la primera mañana, ir recorriendo el sendero donde se han colocado las trampas o llegar hasta los campos de cultivo, para cuidarlos, limpiarlos y rezar sobre ellos” (Melià, 2012).

En este modo de ser, ¿que significado distinto tiene la expresión *pobreza de recursos!*, pues no se refiere a lo mismo que en la sociedad capitalista, donde representa hambre, sufrimiento, privaciones, exclusión, dolor. Más bien significa sencillez y moderación, uso suficiente y limitado de los recursos disponibles, el trabajo necesario para la vida y el disfrute, la producción justa para la satisfacción de las necesidades de la comunidad. Es sobriedad, desapego al tener y acumular, desinterés en la ostentación material, pues no es propio de su modo de ser, no es propio del bienestar. La comunidad es *moderada en el consumo*, consume para vivir, no vive para consumir como ocurre en nuestras sociedades de consumismo exacerbado por el mercado y las empresas. Desde una mirada paraguaya, occidental, colonial, un indígena guaraní en *su* mundo es un pobre, ignorante, incluso haragán, que no aprovecha los recursos naturales de su territorio, e incluso, un infeliz; para los guaraníes, desde su experiencia son auténticos, moderados, viviendo en paz y armonía. ¿Son comunes estas sensaciones en nuestras sociedades civilizadas, modernas y desarrolladas del siglo XXI?

Un elemento fundamental del bienestar guaraní es la reciprocidad entre las personas, que se realiza tanto en el intercambio de productos materiales como en el intercambio de las palabras. En la comunidad circulan generosamente los alimentos, bebidas, utensilios, vestimentas, diálogos y palabras, entre niños/as, jóvenes, adultos y ancianos/as, para quiénes el *jopói*, las manos abiertas hacia el otro, así como el espíritu generoso que se entrega en el diálogo, son prácticas cotidianas de correspondencia mutua para que haya *paz en la convivencia*, para el bienestar recíproco de los miembros de la comunidad. ¿Son

habituales estas prácticas en la sociedad actual? En parte si, en parte no. La cultura paraguaya conserva parcialmente estas prácticas, principalmente en los sectores populares del campo, y en menor medida, de la ciudad. La hospitalidad para con el o la visitante, a quién se ofrece comida e incluso hospedaje, además de tiempo para conversar y compartir, siguen presentándose como rasgos característicos en ciertos sectores de la población, aunque cada vez con menos frecuencia, dado que la cultura impuesta desde afuera, desde arriba, no contiene ni valora estas conductas, desterrándolas y sustituyéndolas por prácticas más individualistas, e incluso, egocéntricas. En la sociedad actual la paz, el sosiego, la plenitud existencial, el amor desinteresado, la armonía con la naturaleza y la reciprocidad, en gran parte de la población han sido desplazadas y sustituidas por la angustia, la intranquilidad de espíritu, la insatisfacción permanente, la inseguridad existencial, la ansiedad, depresión e infelicidad, por los estilos de vida, los modos de ser y estar, las formas de producción y relacionamiento, los valores instalados en sociedades organizadas en torno a la competencia, el deseo de lucro, la acumulación de riquezas y la ostentación, por encima de cualquier otra consideración.

Otros elementos constitutivos del *teko porã* son el *teko katu*, que es el auténtico modo de ser, como propia y legítima forma de ser y vivir; y el *teko marangatu*, que expresa la ritualidad, espiritualidad y religiosidad guaraní, donde abundan las leyendas y los mitos, los cantos y las danzas compartidos en comunidad, rituales donde se vivencian palabras, bailes, comidas y bebidas de forma colectiva. Todo ello forma una filosofía y una teología propia del modo de ser guaraní, de la forma de estar en su *tekoha*, el lugar donde conviven seres humanos y naturaleza. El *teko* es inseparable del *tekoha*, la cultura es inseparable del territorio, el modo de ser se desarrolla a partir de un lugar concreto y real, donde todos los seres vivos son parte importante así como también la tierra, el agua, el cielo y las rocas. Mediante nuestra tierra, *ñande tekoha*, podemos ser lo que somos, y desplegar nuestros modos culturales, económicos, políticos y espirituales de ser, sostienen los guaraníes. Sin *tekoha* es imposible el buen vivir, el bienestar deja paso al malestar, el *teko vai*. Y esto es lo que ha pasado en los últimos

siglos con los guaraníes y otros pueblos indígenas, quienes han perdido frente al poder colonial, frente al nuevo Estado instaurado en sus territorios, a las estancias y los encomenderos, frente a la deforestación y la contaminación, a los desalojos violentos, sus tierras, su modo de ser, su buen vivir. Pero ahí están sus experiencias, sus enseñanzas, que nos invitan a imaginar, o inventar, una sociedad alternativa, donde todos y todas vivamos bien.

“Es cierto que no se inventan los hechos, que son como la materia de la historia, pero se puede -y se debe- inventar su lectura y su sentido. Los pueblos, cuando se sienten con suficiente salud política, social, económica y cultural, son capaces de inventarse de nuevo, de crear sentido para sí mismos y nueva razón de ser (...) La invención solo es posible desde la libertad frente al dominador. Fuera del dictado de la uniformidad es donde se puede imaginar la pluralidad. (...) la dialéctica del Paraguay pasa por la dialéctica de su colonización. Creo que el Paraguay no puede ser inventado, sin que se tenga en cuenta su colonización. Entender su colonialismo y pensar en su descolonización es una tarea que tenemos todos” (Melià, 1997, p. 21-22.).

El desafío planteado por Bartomeu Melià es claro y provocador: recuperar la memoria de nuestro futuro, reconocer el parto y el fruto colonial del Paraguay actual, y animarnos a soltar la mano del colonizador, dejar su palabra, para caminar sobre nuestras piernas, dejar *nuestras* huellas, hablar con nuestra boca, con nuestras palabras, inventando el nuevo Paraguay que queremos, que debemos a nuestras futuras generaciones, que ya existió con sus particularidades, y que puede volver a nacer.

Actualidad del colonialismo

Al pensar en una futura sociedad alternativa, es indispensable reflexionar sobre la sociedad actual tal como es, y aún más, en cómo llegó a ser lo que es. Conocer cabalmente un fruto, es conocerlo no solo en su estadio final, sino en su ciclo de vida, desde el ser semilla,

su germinación, crecimiento y maduración. Hay rasgos decisivos del proceso que determinan el resultado, y esos rasgos deben ser conocidos e iluminados, para el conocimiento de lo que hoy es.

En la formación del Paraguay actual, quizá el rasgo más decisivo sea su proceso colonial, su historia de confrontación entre lo propio y lo extraño, su dialéctica entre colonialismo y autonomía, su proceso de lucha, de liberación y dominación, de violencia política, cultural y militar, de imposición de extraños modos de ser, pensar y sentir por sobre los propios modos de ser, pensar y sentir, así como de la imposición de los modos de producir y consumir inherentes al colonizador, al país colonial que se impone. En este proceso, las luchas por la tierra, el trabajo y sus frutos han sido los elementos más marcados.

Recurriendo nuevamente al necesario pensamiento de Melià, en el cual basamos este apartado (Melià, idem), podemos decir que la historia paraguaya emerge de la historia de los guaraníes coloniales, y en esa conjunción se deben buscar las claves de la sociedad paraguaya actual. Melià afirma que el primer acto colonial en nuestros territorios no fue su descubrimiento por españoles en 1524 ni tampoco la fundación de Asunción en 1537: la colonización del Paraguay se inicia en 1556, de la mano del gobernador Domingo Martínez de Irala, al instaurar la figura de las encomiendas, con las cuales los españoles obligaban a los guaraníes a adoptar *su* sistema económico, político y cultural, el principio de la organización colonial. Las encomiendas y las rebeliones indígenas marcarán la primera etapa de la formación colonial del Paraguay.

El segundo pilar colonial será la formación de las reducciones de los guaraníes impulsadas por órdenes religiosas, principalmente por franciscanos y jesuitas. La primera reducción franciscana fue la de San Lorenzo de los Altos fundada en 1580, y la pionera jesuita fue San Ignacio Guazú, en 1609⁸. Extraña manera de colonialismo, que prescinde del tradicional colonizador, sus encomiendas y violencia, para dar paso al colonialismo espiritual y cultural, más eficaz que el primero, más hondo y duradero, puesto que enraíza un nuevo modo de ser desde el espíritu, las creencias y el consentimiento, aunque sea involuntario.

⁸ www.pueblosoriginarios.com/

Este mal menor, forma amigable de colonialismo, logró una organización social del trabajo, la producción y el consumo afín al *teko* guaraní, al *jopói*, donde la lengua hablada era el guaraní, experiencia muy superior a la de los conquistadores de la espada, más humana e igualitaria, pero con la imposición de la cruz, la evangelización y los cultos de tradición católica occidental, extraña en estas tierras.

Paradójicamente, será la expulsión de la orden jesuita de las colonias españolas en 1768, el tercer acto de la construcción colonial. Las reducciones organizadas para la evangelización cultural y el bienestar vivencial de los indígenas, quedaron en manos de las autoridades coloniales españolas, desmontando sus formas organizativas para provecho nuevamente de la potencia colonial. La mayor interrupción colonial se dará durante el Paraguay independiente, entre 1811 y 1870, principalmente bajo el gobierno de José Gaspar Rodríguez de Francia, cuando nuevamente emergieron muchas de las prácticas guaraníes, experimentadas en las reducciones de los siglos anteriores, aunque sin el condimento de la catequización. La reversión de las tierras coloniales a favor del Estado será la piedra angular de aquellos años de autodeterminación.

La guerra será la partera del proceso de recolonización del Paraguay, la civilización del capital traerá la muerte y el saqueo, la destrucción y las cadenas de la dependencia para alinear nuevamente al país en los caminos del progreso y la modernidad. La cultura colonial renació con todas sus fuerzas para someter, dominar y convencer a los paraguayos y paraguayas que nos habían librado de la tiranía y la barbarie en que vivíamos, es decir, de nosotros mismos. A fines del siglo XIX y principios del XX se dio el golpe principal y definitivo de la colonialidad actual del Paraguay, la separación del indígena y el campesino de la tierra, se vendieron y entregaron en grandes latifundios a los empresarios privados, mayormente extranjeros, quiénes a partir de entonces se constituirán en los salvadores de la patria, los mesías del desarrollo, que vendrán al país generosamente a generar riquezas y puestos de trabajos para la pobre gente de nuestro país. Carlos Marx describió este

proceso como la acumulación originaria del capital⁹, una precondition del capitalismo, donde el productor rural es necesariamente separado de su medio de producción y de vida, la tierra. Y por tanto, de su cultura, su bienestar y su libertad. Nace ahí el trabajador *libre*, dispuesto para el mercado, como trabajo asalariado o mano de obra de reserva.

La recolonización fue completada en el ámbito cultural, a través de la instrucción escolar y la imposición progresiva del castellano como lengua principal de las élites económicas y políticas. El enclave agroexportador en formación requirió de nuevos gestores y profesionales para su conducción subordinada al capital internacional. Para ello se formaron el Partido Colorado y el Partido Liberal en 1887, y la Universidad Nacional de Asunción en 1889. Desde ese entonces a la actualidad, el Paraguay transcurrió en clave colonial, profundizando la escisión entre campesinos, indígenas y la tierra, generando destierro, migración y exilio, entre dictaduras, élites militares y oligárquicas, cultura e instrucción subordinante, encubrimiento de lo propio y adoración de lo extraño. Los medios de comunicación han sellado este proceso en las últimas décadas.

Hoy grandes mayorías malvivimos en el Paraguay del siglo XXI, campesinos sin tierras, indígenas desterrados, pobres abandonados, bañadenses inundados, trabajadores explotados, poblaciones excluidas y discriminadas, grupos criminalizados y reprimidos, así como en países vecinos y de todo el mundo. En países como Bolivia y el nuestro, los procesos de descolonización son esenciales para imaginar un nuevo país, y levantar una nueva sociedad, que recupere el buen vivir para toda la población, proceso que en el país andino ya se ha iniciado y lleva un rico trecho andado. Evo Morales personifica el proceso de liberación del pueblo boliviano, tanto de la mentalidad colonial como de la dependencia económica, aunque los avances no son aún definitivos, y pueden presentarse obstáculos e incluso retrocesos, a partir de los intereses en pugna.

Sin embargo, la lucha contra el consumismo desenfrenado y la delirante destrucción del planeta en que vivimos, por parte de la civili-

⁹ David Harvey reactualizó este concepto como una acumulación por desposesión, no solo originaria sino permanente en el desarrollo del capitalismo.

zación del capital, no es una opción, sino la única salida de este tren que avanza hacia el abismo. Y de esto son conscientes cada vez más colectivos humanos, incluso una parte importante de la iglesia católica, empezando por el Papa Francisco, quién reflexiona sobre nuestra casa común en los siguientes términos:

“Estas situaciones provocan el gemido de la hermana tierra, que se une al gemido de los abandonados del mundo, con un clamor que nos reclama otro rumbo. Nunca hemos maltratado y lastimado nuestra casa común como en los últimos dos siglos. (...) Se vuelve indispensable crear un sistema normativo que incluya límites infranqueables y asegure la protección de los ecosistemas, antes que las nuevas formas de poder derivadas del paradigma tecnoeconómico terminen arrasando no sólo con la política sino también con la libertad y la justicia. (...) el actual sistema mundial es insostenible desde diversos puntos de vista...” (Francisco, 2015, p. 40).

Actuar en este contexto para modificar el curso de la sociedad es indispensable, incluso urgente, no hacerlo es un acto de irresponsabilidad, inconciencia o cobardía que solo traerá más sufrimientos, tragedias humanas y ambientales en un futuro no muy lejano. Felizmente, millones de personas en todos los continentes ya han asumido y empezado la tarea.

Cultura, educación y comunicación alternativas

Como decíamos, una sociedad alternativa requiere de la emergencia de una cultura diferente, con nuevos (viejos) ejes organizadores, valores y objetivos. Llegar a eso es una tarea fundamental y de alta complejidad. Así como la colonización requirió de una voluntad colonizante, la descolonización también requiere de una voluntad en esa dirección, y por ende, de una decisión previa. Esa decisión y voluntad necesarias para la construcción de una nueva cultura, son posibles por medio de la toma de conciencia de la gente, el reconocimiento de su lugar en la historia y en el mundo, en otras palabras, con el desarrollo de la conciencia política. Las condiciones materiales para una transforma-

ción social están dadas, por la destrucción y degradación del ambiente y de parte importante de la humanidad; son las condiciones subjetivas las que faltan madurar y cristalizar en esa otra cultura en proceso, que constituya un movimiento histórico creciente hacia el cambio estructural de la sociedad. El pensamiento crítico, la politización de las masas, la educación liberadora y la comunicación alternativa, conjuntamente con las prácticas concretas en diversas luchas sociales, son las herramientas fundamentales en esta desafiante tarea.

En el proceso de concientización, de formación, de reflexión, de entender el pasado y el presente, también es necesario vislumbrar el horizonte, imaginar la sociedad alternativa, proyectar el futuro, la cultura, economía y política necesarias para un proyecto alternativo. En esta tarea el diálogo con los diferentes actores y sectores es más que necesario, una condición para el éxito de la tarea. La construcción, la imaginación, el sueño posible debe ser elaborado colectivamente, en el intercambio incesante de visiones, en la contrastación oportuna y sincera. En dicho proceso además se van construyendo los sujetos sociales capaces de bajar el sueño a la realidad, de desarrollar las herramientas necesarias para la lucha y la realización del proyecto alternativo, lucha por demás ardua que será finalmente cultural, política, económica y social.

“La identidad no solo es el pasado sino también el proyecto de futuro, el sueño de futuro, a veces tenemos miedo de soñar con el futuro”, decía el educador Melquiades Alonso, resaltando la importancia de construir identidad, sentido de pertenencia, de unión, no solo por nuestro pasado, que es por demás importante, sino también por un sueño común, por objetivos discutidos y adoptados socialmente, en el debate y el intercambio. Sin los sueños compartidos expresados en proyectos futuros, visibles y alcanzables, difícilmente afloran el entusiasmo, la convicción y la mística, fundamentales para las luchas, para la tenacidad, la fe y la fuerza, elementos espirituales que multiplican la capacidad de cambio de los sujetos sociales y sus prácticas transformadoras.

Reflexionando sobre la cultura alternativa necesaria, la recuperación de las prácticas históricas desarrolladas por los pueblos indígenas, el campesinado, entre otros sectores, serán de muchísima utilidad. Las

prácticas y los valores que hacen a la reciprocidad, a la consideración del otro, la otra, son fundamentales para romper la lógica de yo, del individuo que hace de sí mismo el centro de todo, y que se expresa en la lógica de la competencia. Como refiere un dirigente campesino:

“Hay valores como el intercambio, el trueque, la solidaridad, la forma de producción grupal que históricamente ha desarrollado el campesinado, tienen que ser recuperados, fortalecidos. En el campesinado siempre se ha practicado una forma de solidaridad, en todos los sentidos, entre la gente, los vecinos, ayudándonos en las cuestiones productivas, ayudándose unos a otros para cubrir cualquier necesidad, de salud, o cualquier situación...” (Marcial Gómez, 2015).

Esta dimensión colectiva o comunitaria, expresada en valores y prácticas es fundamental para edificar una nueva economía y renovar las formas de hacer política. Establecer vínculos con los demás, sean vecinos/as, familiares, amigos/as o compañeros/as, propiciar los espacios y las formas de relacionamiento, de encuentro, son precondiciones indispensables para romper la fragmentación actual, el aislamiento a un “nosotros” muy restringido, propiciado por la sociedad actual, mediante murallas, rejas, alambrados, tecnologías digitales que terminan distanciando a personas cercanas, como los celulares, coartando la cercanía y el diálogo cara a cara. Las plazas, calles, espacios y encuentros de todo tipo, formativos, políticos, artísticos, deportivos, de integración o de esparcimiento deben ser multiplicados en barrios, asentamientos y comunidades, para que sea posible el vínculo, la relación que genera reconocimiento de los demás y de uno mismo como parte de la comunidad. Las prácticas de solidaridad y ayuda mutua emergen mucho más frecuentemente en estas condiciones. Y esto es tan necesario en el campo como en la ciudad, en el mundo rural y en el urbano. Una luchadora feminista que activa en el ámbito urbano expresaba que:

“es importante estimar valores que nos hagan más cercanos a las demás personas, es decir, fomentar la solidaridad antes que la competencia, la ayuda recíproca, la sensibilidad a lo que sienten las demás personas, que sea más importante sen-

tirnos bien antes que tener dinero, éxito o fama. Para esto, hay que fomentar más espacios de encuentro, sobre todo en el espacio público porque es más fácil que la otra persona no me importe si no la veo, si no la conozco. El sexismo y todas las formas de discriminación deben ser erradicados de nuestros valores y prácticas culturales” (Mirta Moragas, 2015).

La mentalidad colonialista es esencialmente discriminatoria, jerarquizando a las personas según ciertos criterios, como el dinero, la clase social, el color de piel, la sexualidad o las creencias. En una sociedad descolonizada se deben superar estas prácticas, que finalmente, justifican las desigualdades, la marginación, la pobreza y la intolerancia, realidades que claramente impiden el desarrollo, en condiciones dignas, de los seres humanos. Solo el reconocimiento colectivo de la igualdad de las personas, dentro de la gran diversidad que nos caracteriza, igualdad en derechos y en dignidad, nos permitirá desarrollar instrumentos políticos y económicos que puedan proveer a todos y todas de los bienes y servicios necesarios para la vida. Esto no significa uniformidad, se debe respetar y disfrutar de la diversidad de personas, de culturas, de creencias y expresiones, pero en el marco de la tolerancia y a partir de una situación común para todos, la garantía del disfrute real, no solo en los papeles, de todos y todas a los derechos humanos fundamentales, como el alimento, el trabajo, la vivienda, la tierra, la salud y educación, un medio ambiente sano, la libertad de información y expresión, entre otros. No alcanza con el discurso liberal que subraya la libertad individual y la igualdad de oportunidades, la libertad individual conlleva una responsabilidad social, y la igualdad debe ser de acceso real a los bienes y servicios que permiten el goce de los derechos mencionados anteriormente. Recién cuando esto se cumpla la igualdad de oportunidades será real y no un discurso vacío, así como la libertad de unos individuos será superada por la libertad de todos y todas.

Además, en el proceso de descolonización y reafirmación de la identidad propia, habrá un esfuerzo sostenido de revalorizarnos como pueblo, como comunidad, con nuestra historia y nuestras raíces, rescatando nuestra autoestima maltratada por conquistadores, genocidas, oligarcas y dictadores, reaprendiendo a valorarnos, a conocernos y re-

conocernos. Hoy se valora lo extranjero solo por ser extranjero, y se desprecia lo propio solo por su origen. Desde el arte hasta la lengua, los saberes y las tecnologías. La rica historia y cultura de nuestro pueblo está guardada en la memoria de diversos colectivos sociales, diversas personas, que pueden aportar a un redescubrimiento de nuestro potencial y nuevas posibilidades de rehacer nuestra sociedad y nuestras prácticas. Existe un fecundo *arandu ka'aty*¹⁰, que nos permitirá vivir mejor y más armónicamente con la naturaleza. Una dirigente campesina afirmaba que:

Paraguay es un país con muchos campesinos, campesinas, indígenas y su profesión es la agricultura; ahí está lo que ellos saben hacer, el relacionamiento con la naturaleza; desde que se levantan hasta que se acuestan saben qué tipo de viento sopla, si lloverá o no, en qué momento y cómo cantan los pájaros, todo, sobre la luna, el sol, muchos son los saberes que tenemos, para poder determinar o pronosticar. Y ésa es una gran sabiduría. Sobre las semillas, cómo tenemos que trabajar para que salgan bien, en qué mes y de qué forma juntar, cultivar y en qué momento se debe cosechar, para cuidarlas y mantenerlas, ese es un saber que tiene el ser humano, que fue desarrollando durante miles y miles de años” (Alicia Amarilla, 2015).

Existe tanto conocimiento trascendente, útil y práctico en nuestros pueblos, herencia de siglos y siglos de prácticas cotidianas, de aprendizajes pacientes junto a la naturaleza, de ensayo y error, de comprobaciones periódicas sobre el buen uso de los dones y los beneficios de la plantas medicinales, curativas, refrescantes, alimentos sanos y diversos, semillas probadas y adaptadas a nuestro clima y características geográficas, transmitidos de generación en generación, pero que han sido arrinconados progresivamente con la expansión de la mentalidad colonial. Todo ese caudal atesorado aún en la cultura popular, a pesar de la presión que ejerce la cultura dominante consumista para desterrarlos, debe constituirse en una fuente revitalizante para la

¹⁰ Expresión guaraní que refiere a la sabiduría popular.

cultura alternativa, proporcionando todos sus saberes para una mejor alimentación, para una agricultura sostenible, para prevenir y tratar enfermedades sin recurrir o recurriendo lo mínimo a la lucrativa industria farmacéutica, reduciendo la dependencia hacia productos químicos de innumerables efectos colaterales, naturalizando nuevamente nuestro ambiente y nuestros hábitos de consumo.

Y en este esfuerzo colectivo de recuperación de saberes y prácticas populares, la educación formal e informal juegan un papel central. La educación actual de matriz colonial e individualista, debe ser desplazada por procesos, metodologías y contenidos pensados desde nuestra realidad social y ambiental, desde nuestra cultura propia, en función a nuestras necesidades de entendimiento, de comprensión del lugar en el mundo y en la historia que ocupamos, y del uso adecuado de nuestros recursos para la satisfacción colectiva de las necesidades. La resignificación de la importancia educativa del hogar y la comunidad, como espacio primordial de socialización y construcción de identidad, debe permitirnos educar a nuestros niños y niñas durante sus primeros años, en el amor recíproco, la solidaridad como práctica cotidiana, el sentido de pertenencia a una comunidad y la seguridad de vivir entre personas que se cuidan y se ayudan día a día unas a otras. La dimensión comunitaria de la educación se destaca en la reflexión de Melià:

“Soy fanático de las educaciones indígenas, porque la educación es un proceso necesariamente comunitario, y esa comunidad se vive desde el momento que se nace. El parto era un acto comunitario, ahora se hace de forma aislada, en un lugar neutro, alejado. Una educación que se hace en torno al ciclo vital, se hace en libertad, el niño puede jugar y el juego es otra vez una simbología. Llevar a los niños a la escuela antes de los 6 años es un crimen, a mi me pone los pelos de punta cuando me dicen que les llevan a los 3 años ya a los jardines, pierden la posibilidad de estar suscritos a una comunidad, en un tekoha, la educación se socializa en la familia, en la comunidad. Es un absurdo de la educación, así como los cursos con 10 o 15 materias en una semana ...”
(Bartomeu Melià, 2015).

Podemos decir que la educación se inicia desde el nacimiento, y los primeros años serán determinantes en la definición de valores y prácticas cotidianas, que irán constituyendo la cultura, la cosmovisión, el sentido común de esas personas. En esos años la educación puede ser marcadamente individual, aislando a los niños y niñas a un rígido y limitado núcleo familiar, separado radicalmente por las formas de las casas, las rejas, el miedo al otro; o puede ser abierta y en relación a los demás, más allá de la familia nuclear, donde se comparten espacios y tiempos con la comunidad, con la vecindad, en tareas y vivencias cotidianas como el juego, el *terere jere*, la resolución de problemas básicos como la alimentación, el acceso al agua, el cuidado del ambiente, la calle y las veredas, en actividades recreativas, generándose confianza hacia los demás, capacidad de diálogo, diferencia y resolución de conflictos, identidad comunitaria y sentido de pertenencia. Hacer la educación en torno al ciclo vital de los seres humanos y la naturaleza es un desafío, vinculando el saber con el hacer, el ser con el estar en un lugar concreto, en relación con una comunidad particular. En el mundo rural la educación debe acompañar el ciclo agrícola, de la siembra, los cuidados culturales y las cosechas, no obstaculizarlo como ocurre en la actualidad. Estas experiencias ya fueron probadas germinalmente durante los años de las ligas agrarias campesinas, experiencias de autogestión y reafirmación identitaria desarrollados entre 1960 y 1976, mediante la cual empezaron a readecuar el proceso formativo en función a las necesidades de la comunidad, entre ellas el trabajo agrícola. Lastimosamente aquella experiencia ejemplar fue cortada por la violencia del régimen autoritario de entonces, por la imposición del poder neocolonial, pero quedaron aprendizajes muy ricos en la memoria de sus protagonistas.

Por su parte, todo el sistema educativo formal debería replantearse, desde sus objetivos, sus procesos metodológicos hasta las temáticas y contenidos priorizados. Del objetivo actual de conservación colonial, de obediencia y competitividad, se debe transitar hacia objetivos como el redescubrimiento de la propia identidad, el desarrollo de la capacidad de pensar críticamente la sociedad, así como la emancipación de los mecanismos de sumisión, aislamiento y apatía, en la perspectiva

de la transformación social hacia estructuras incluyentes y sustentables. La educación bancaria o memorística debe dar paso a la construcción participativa del conocimiento, donde lo fundamental no es el conocimiento transmitido, sino el desarrollo de las capacidades de plantear problemas, indagar e investigar, trabajar en equipo y elaborar respuestas. Como insumos para esta discusión, en Paraguay tenemos las experiencias del pedagogo Ramón Indalecio Cardozo en relación a la escuela activa en la primera mitad del siglo XX, la de las ligas agrarias en las décadas posteriores, y las prácticas en torno a la escuela viva en los años noventa, de educadores como Ubaldo Chamorro, entre muchas otras. En esta línea reflexiva se encuentra el pedagogo Melquiades Alonso, quien afirma que:

“Hace falta que la gente aprenda a actuar reflexivamente, no a pensar por un lado y a actuar por impulsos por el otro, esta sociedad nos lleva a actuar sobre la base de impulsos, sino no habría consumismo, si hubiera actividad reflexiva el consumismo no funciona. Pensamiento crítico para guiar el comportamiento reflexivo de la gente, hay áreas que son fundamentales, una de ellas es la formación social y política, si queremos construir el futuro lo vamos a construir participando políticamente, está bien la matemática, está bien la lectura, está bien las ciencias, está bien la informática, pero tiene que haber algo que le dé sentido, eso le falta a nuestros docentes, pueden tener capacitación pero no tienen una causa, una mística, que permita construir el futuro, tenemos que entender y convencernos que estamos para cambiar algo, causas lo que no tenemos”. (Melquiades Alonso, 2015).

La formación social y política debe ser parte sustantiva del sistema educativo, de modo a otorgar herramientas para la participación crítica, formada e informada de los miembros de la sociedad, en una democracia mucho más participativa y cotidiana. Debe darle un sentido humano y liberador al acto educativo, de empoderamiento y superación, y los y las docentes deben estar consustanciados con esta mística, con este rol determinante en la sociedad, aportando a la formación de hombres y

mujeres libres, críticos, con identidad y autoestima fortalecidas, orientados al bien común, la paz y la valoración de la tierra y la naturaleza. Los y las docentes deben ser revalorizados y destacados como parte esencial de la comunidad, estimulados y premiados con el reconocimiento por su aporte a la sociedad. Todo esto inscripto en la recuperación de nuestra historia y apuntando al desarrollo de las comunidades:

“La educación tiene que estar muy relacionada con el desarrollo nacional que se plantea, incorporaría más el tema de la historia paraguaya, Paraguay tiene una historia muy rica, un proceso independiente de desarrollo nacional, soberano, que tiene que ser rescatado como base de una orientación de la educación”. (Marcial Gómez, 2015)

Además debe ser un factor de justicia, inclusión y democratización social, que promueva la convivencia solidaria, la vigencia de los derechos humanos, la profundización de la capacidad de reflexión crítica y la participación social, política y económica de todos y todas:

“Debe ser una educación no bancaria, es decir, debe enseñarnos a pensar, a cuestionar. Debe aportar a la superación de todas las formas de discriminación a través de la erradicación de prejuicios y estereotipos. Debe ser claro en posicionarse a favor de quienes tienen menos poder y derechos (...) El Estado debe garantizar el derecho a la educación para que este sea un derecho y no una mercancía disponible sólo a quienes puedan pagarla”. (Mirta Moragas, 2015)

La educación debe dejar de ser mercancía, y pasar a ser un derecho garantizado por el Estado para todos y todas, desde el nivel inicial hasta el universitario. Hoy la educación manejada en gran medida por capitales privados, según la lógica del mercado, genera exclusión para quienes no tienen como pagarlas, genera desigualdad social, jerarquizando la educación según el nivel económico de las personas, genera la ausencia e irresponsabilidad del Estado y de la comunidad, en su rol fundamental de permitir y actuar para que la educación en todos sus niveles sea una realidad para cada habitante de nuestro país, sea

rico o sea pobre. La educación debe permitir reducir las desigualdades sociales, y para ello las características del proceso educativo deben ser similares para todos, en calidad, condiciones de infraestructura y equipamiento, carga horaria y contenidos. La educación debe ser pública, la inicial, primaria, secundaria y terciaria, para que sea un factor de desarrollo incluyente en condiciones de igualdad.

En una sociedad alternativa la educación debe dejar de ser determinada por el mercado, la universidad debe dejar de formar principalmente para éste, trasladando su objetivo primordial al desarrollo humano y de las potencialidades del país. La universidad nacional en Paraguay ha estado por décadas divorciada de las necesidades del país, su voz ha estado ausente en los principales problemas sociales, políticos y económicos, su rol investigativo y de extensión hacia la comunidad ha sido incumplido en la mayoría de las unidades académicas. Las universidades privadas se han caracterizado por la mediocridad en la mayoría de los casos y por la lógica mercantil. La universidad debe reinventarse, en función a las necesidades de la población y del país, revalorizando nuestra historia y cultura, brindando una formación política básica para todos y todas, una formación cívica, aportando conocimientos científicos e investigación, formando profesionales y técnicos íntegros que piensen más en el bien común que en enriquecerse individualmente. La formación universitaria debe pensarse y realizarse en función a sectores estratégicos para mejorar la vida de la población, como la agroecología, la medicina preventiva y natural, la arquitectura biocéntrica y los materiales innovadores para la bioconstrucción, la economía social, la preservación ambiental, la industrialización no contaminante, tecnologías apropiadas, la urbanización sustentable, la alimentación sana y soberana, las energías renovables, la producción diversificada, el turismo natural, el impulso a las capacidades artísticas y deportivas, las humanidades, entre otros.

Además de la educación hay otro elemento transversal a la cultura y la formación de las personas, que es la comunicación, que tiene múltiples y variadas formas y canales, desde una conversación hasta los medios masivos de comunicación, desde el teatro hasta la escritura, la música al mundo digital de internet. La comunicación permite la reali-

zación de derechos humanos fundamentales, como el derecho a la libre expresión y el del acceso a la información. Hoy día la comunicación no es fundamentalmente libre y equitativa, está controlada en su mayor parte por grupos oligopólicos de mucho poder económico, que concentran la propiedad de radios, canales de televisión, diarios, etc.¹¹, con los cuales imponen a toda la población sus discursos, sus ideas, valores e intereses. De ahí la hegemonía de la cultura de adoración al mercado y lo extranjero, tecnocéntrica, consumista, que relega a la marginación o al olvido la cultura popular campesina e indígena, la solidaridad y la reciprocidad, la voz de los pobres y de las organizaciones populares. A través del control y direccionamiento del sistema educativo y de la comunicación de masas, la clase dominante de un país logra que sus ideas, propias de un reducido sector de la sociedad, se vuelvan ideas de toda la sociedad, los discursos dominantes permean en todos los sectores, fortaleciendo el funcionamiento de la mentalidad colonial, de subordinación y obediencia.

“Debe democratizarse el acceso al espectro comunicacional, es decir, que los medios, como la radio, la televisión y los medios impresos deben poder expresar diversas miradas, lecturas, realidades. No puede ser que pocas familias sean dueñas de la mayoría del espectro de medios masivos de comunicación” (Mirta Moragas).

La democratización de la palabra, de los medios de comunicación, del espectro radioeléctrico, el micrófono, la cámara, la imprenta y los recursos de internet, es una condición necesaria para la discusión, el intercambio, la socialización y edificación de la sociedad alternativa. Todos debemos poder decir lo que pensamos y queremos, y ser escuchados, es un derecho y una condición para un ejercicio democrático real, y no solo formal. Los canales de comunicación deben ser un bien público promovido por el Estado, las organizaciones sociales y vecinales, los medios alternativos deben ser estimulados y facilitados por las instancias reguladoras, como radios y televisión comunitaria, pe-

¹¹ Unos pocos grupos económicos familiares son dueños de los más abarcales medios de comunicación, como los grupos Zucolillo, Cartes, Wasmosy, Vierci, Rubín, González.

riódicos digitales, espacios artísticos, entre otros. Sin perder de vista la importancia de la comunicación interpersonal, el encuentro de persona a persona, entre vecinos, familiares y conocidos:

“El ámbito más importante de la comunicación es la plaza, el barrio, lo que cara a cara podemos hacer, es la comunicación informal. Esto lo saben muy bien los dueños de los grandes medios de comunicación, por eso con las tapas de diarios que se reproducen en canales y radios alimentan la conversación de la gente. Necesitamos dar información con fuentes distintas, hay que impulsar las experiencias comunitarias, ampliar las fuentes. Recuperar la televisión pública, también hay que pensar en la televisión educativa, internet gratuito puede ser un canal alternativo de comunicación...” (Melquiades Alonso, 2015).

Decíamos que la formación de una cultura alternativa, renovada, es una precondition para la formación de una economía y una práctica política distintas, democráticas e incluyentes. La disputa por el acceso a los espacios de comunicación, es parte de la lucha por recuperar la palabra del pueblo, su memoria, sus conocimientos, compartir sus miedos y esperanzas, sus disgustos y pequeños logros, es liberar el espíritu de hombres y mujeres, levantar su autoestima y reconstruir una identidad común, en lo que fuimos, lo que somos y lo que queremos ser. Es soltar la mano del colonizador y caminar sobre nuestros pies, tomándonos de la mano como iguales, como compañeros y compañeras, como comunidad.

En palabras de Ernesto Guevara, sería la formación del hombre y la mujer nuevos, indispensables para la nueva sociedad en construcción, que van transformando la sociedad en la medida que se transforman a sí mismos, van formando una nueva cultura en la medida que se desprenden de las prácticas hegemónicas guiadas por el interés material, la competencia y el egoísmo. Reflexionando sobre el pueblo cubano en los difíciles años iniciales de construcción del socialismo, en la década del sesenta, el *Che* escribía que:

“...ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo, a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor. Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación” (Guevara, 1992, p. 58).

La experiencia cubana ha demostrado, así como muchas otras, que la batalla de ideas en los campos de la cultura, la educación y la comunicación son esenciales para el éxito o el fracaso de un proceso de transformación radical de la sociedad.

Una nueva práctica política

Así como la matriz cultural hegemónica en el Paraguay actual es colonial e individualista, el sistema y la práctica política son consustanciales con la misma, y por tanto, funcionales a un sistema de dominación y subordinación de las mayorías por parte de minorías de amplio poder económico, ideológico y político, que a su vez están subordinadas al capital transnacional y a su proyecto, la globalización neoliberal. Los conflictos de intereses económicos entre una clase dominante, fundamentalmente vinculada al negocio agropecuario, y las clases populares de origen esencialmente rural, en torno a la tierra, el capital y otros recursos, tienen la mediación para nada neutral, sino profundamente sesgada del Estado a favor de los empresarios y latifundistas, desde las postrimerías de la guerra grande, cuando fue destruido el Estado independiente popular y construido el Estado oligárquico de las élites.

La garantía que ha tenido el poder terrateniente para mantener sus privilegios ha estado en el manejo discrecional del Poder Ejecutivo, donde han desfilado empresarios y terratenientes poseedores de fortunas con dudoso (o directamente ilegal) origen, como Alfredo Stroessner, Andrés Rodríguez, Juan Carlos Wasmosy, Raul Cubas Grau, Luis González Machi, Nicanor Duarte Frutos y Horacio Cartes; en el control de ambas Cámaras del Congreso, radicalmente conservadoras en los 26 años que llevamos de supuesta democracia; y en el manejo absoluto y arbitrario del Poder Judicial, donde jueces, fiscales e incluso ministros de la Corte fungen de honorables magistrados cuando solo son obedientes mandatarios de los grupos de poder, que con su actuar han llenado las cárceles de gente pobre, de luchadores sociales, mientras ofrecen a los poderosos una impunidad grotesca a cambio de favores políticos o económicos.

El sistema político, dictatorial en largos periodos, y de democracia representativa desde 1989, ha sido dominado por dos partidos políticos oligárquicos, de histórica base terrateniente, de gestión prebendaria y decididamente conservadora. Este bipartidismo, guardián del orden injusto vigente en todo el siglo XX y lo que va del XXI, ha enraizado una cultura política profundamente corrupta, autoritaria y caudillista, clientelista y patrimonialista, que ha pervertido todo el sistema político, incluso la llamada democracia representativa, pues en la práctica solo se ven representados realmente los grupos de poder económico; el bien común se ha visto sepultado por la defensa del bien personal y corporativo. Esta práctica política dominante, defendida por gente de todos los estratos sociales que dependen de ella para permanecer en un trabajo o detentar algún privilegio, deriva de la cultura colonial de subordinación y obediencia al encomendero, al patrón o al jefe, al caudillo; al mismo tiempo se nutre de la búsqueda obsesiva de dinero que promueve el capitalismo, y el consumismo que impone. La apatía, el desinterés y el descreimiento de amplios grupos sociales hacia la participación política se debe en gran medida a esta cultura política pervertida y colonial, que hacen que posiblemente sea la democracia paraguayana la menos democrática, real y efectiva del continente.

Una cultura alternativa solo será posible si paralelamente se descoloniza la política, se descontamina del germen enfermizo del interés individual que la pervierte desde sus raíces. Posicionar nuevamente al bien común y el interés colectivo como principal objetivo social, es al mismo tiempo un cambio político y cultural, que requiere del desarrollo progresivo de la conciencia política de la población, a partir del diálogo, el debate de ideas, el desarrollo de prácticas concretas, además del estudio y la formación continua. No hay atajos en este proceso, es necesario avanzar con paciencia aunque sin pausa, en el camino de hacer emerger de la propia gente el sentido común burgués y colonial instalado en nuestra sociedad, hacerlo entrar en contradicción en sus múltiples debilidades e incongruencias, para que ingrese en un estado de inseguridad o crisis en las creencias, y pueda ser trabajado un renovado sentido común, una mentalidad centrada en los valores mencionados anteriormente. E ir construyendo paulatinamente una práctica política cotidiana, tangible, motivada por el bien común y el interés comunitario, que pueda observarse y palpase en hechos concretos, para evitar quedar solo en ideas o construcciones ideales:

“Concuerdo con quienes sostienen que es necesario pasar de la abstracción de las ideas que muchas veces refuerzan una disposición clave del orden que es la impotencia, a lo concreto de las prácticas, de las experiencias situadas, de lo poco o mucho que puede hacerse hoy con sentido de construcción de lo común, de lo que nos abre y vincula con otras personas”
(Milena Pereira, 2015).

Es necesario no esperar que el futuro llegue transformado, sino ir construyendo en los espacios en que podamos, sea el trabajo, el vecindario, la escuela, nuevas prácticas políticas y sociales, organizaciones distintas, fraternas, humanas, espacios de intercambio y aprendizaje, no lugares donde uno defiende solo su interés personal. Una de las claves para ello es lograr la mayor participación de la gente, trascendiendo la democracia representativa y avanzando hacia la democracia participativa, que en definitiva es la única garantía de que la democracia sea “democrática”. La fórmula clave de una práctica política renovada es

participación, participación y más participación, pero no de cualquier forma, no se trata de estar en una reunión para aplaudir o levantar la mano de tanto en tanto. Debe ser participación real, a partir de la información y el conocimiento, a partir del pensamiento reflexivo y crítico, se debe participar con puntos de vista propios, frutos del análisis y el convencimiento. La nueva sociedad debe facilitar estas condiciones para poder obtener lo mejor de la participación de todos y todas, que todos y todas puedan pensar en la comunidad, puedan ofrecer ideas y experiencias propias. La educación formal e informal debe ser un motor central en este esfuerzo:

“la educación debe apuntar a crear espacios de participación donde el cuestionamiento y el debate sea la manera de construir. En ese contexto, es importante que la manera de participar sea también cuestionada. Ahora pareciera que participar es votar y poco más, y que cuestionar, debatir, no es participar. Eso hay que cambiar. (..) Deberían estimularse, por un lado las formas de participación permanentes y horizontales, ya no puede limitarse al votar, sino al cuestionamiento permanente, a la exigencia de transparencia (...) Debe estimularse también manifestaciones no hegemónicas, no tradicionales, no institucionalizadas. Por ejemplo, el arte es una forma de participación y esa forma de participación debe estimularse y debe ser parte permanente de pensar una sociedad diferente” (Mirta Moragas, 2015).

El voto es solo una forma de participación, la cual se da por el involucramiento de las personas en el proceso político, económico y social, y puede canalizarse de diferentes maneras o en distintos espacios, como asambleas, actividades de formación, de intercambios, votaciones cuando sean necesarias, las diversas expresiones artísticas, deportivas, científicas, etc. En éstas áreas de expresión de las capacidades humanas se pueden desarrollar la solidaridad, la disciplina, la proji-midad, la superación, la armonía, la belleza, el compartir, el conocimiento, la camaradería. Una sociedad más humana debería hacer mucho más frecuentemente música, bailes, poesía, deportes, ciencia,

teatro, pintura, escritura, etc, todas las oportunidades de expresión deben habilitarse para cada miembro de la comunidad.

La participación política se debe dar desde donde vive la gente, vinculándose con los vecinos y vecinas en la búsqueda de conocer sus problemas comunes y buscar soluciones conjuntas. De esta manera, los asentamientos, los barrios, las diversas poblaciones, tendrán su organización de base, su espacio de construcción inmediato, que luego se irá vinculando con otras organizaciones similares del municipio, de otras regiones, tratando conjuntamente temas de interés común para todos. Formar organizaciones comunitarias con alta participación, con funcionamiento asambleario y democrático, será la garantía de una política representativa de los intereses de la gente, que llegue a determinar las grandes decisiones políticas a nivel país:

“Desde la base misma, desde su comunidad, en los distritos, a nivel departamental y nacional, la gente tiene que participar en la discusión, generar planteamientos, propuestas y tomar determinaciones en forma asamblearia, sobre todos los temas de interés (...). Tiene que ser transformada la representatividad legal actualmente existente, que ahora es a través de los concejales, diputados, senadores, eso debe ser cambiado. Nosotros hablamos de la instalación de delegaturas de asambleas, que puedan ser revocables en cualquier momento, no como sucede actualmente con los senadores, diputados y concejales, que una vez electos son intocables durante 5 años, el pueblo no tiene posibilidad de revocatoria sobre ellos” (Marcial Gómez, 2015).

Las asambleas populares deben poder discutir y tomar decisiones sobre cualquier tema de interés para la comunidad, como los problemas ambientales, de acceso a educación y salud, de seguridad, temas productivos, comerciales y de empleo, caminos, agua, u otra situación que afecte a la gente. Para ello es importante que las organizaciones comunitarias y las asambleas se caractericen por la horizontalidad, que todos tengan las mismas oportunidades y los mismos derechos, que puedan expresar su voz y emitir su voto cuando sea necesario; también

deben tener autonomía e independencia, para poder abordar los temas que consideran más importantes o urgentes, y tomar determinaciones respecto a ellos. De estas asambleas de base deben surgir personas que llevan la voz de la comunidad a reuniones más amplias con otras comunidades, a asambleas distritales o departamentales, donde se puedan unir las voces de distintas comunidades sobre problemas de alcance regional o nacional, para buscar las decisiones más democráticas y convenientes para las mayorías. Como señala Marcial Gómez, esto se puede realizar a través de delegados de las bases, electos por sus pares de organización, quienes pueden permanecer en ese rol si mantienen la confianza de sus compañeros y compañeras, o pueden ser revocados en cualquier momento por voluntad mayoritaria de la asamblea. Es importante desarrollar el criterio de rotatividad y amplia participación en los distintos roles organizativos, en las delegaturas y en otras responsabilidades, buscando el mayor involucramiento de la comunidad.

Estas asambleas comunitarias deberían poder incidir sobre las decisiones que tienen que ver con designación de personas que trabajarán con la comunidad, como personal médico, educativo, de seguridad, técnicos agropecuarios, etc., para poder caminar juntos en la comunidad, si su trabajo llena las expectativas de la gente, o dejar de hacerlo cuando no respondan a lo que la comunidad necesita. Hoy en día las comunidades no tienen forma de controlar esto, que está en manos de organizaciones más bien corruptas y prebendarias:

“En muchas prácticas políticas aparece el poder fáctico. Por ejemplo para elegir enfermera, influye mucho un partido político, hay influencia directa de parte de partidos políticos en relación a la elección de cosas muy sencillas como por ejemplo las personas que trabajarán en los puestos de salud de las comunidades, entonces si una cosa que hay que eliminar es ése poder fáctico que tienen las personas por solamente estar ocupando un puesto político partidario” (Gregorio Gómez, 2015).

El poder debe estar distribuido en las comunidades, debe democratizarse la capacidad de decidir, no concentrarla como ocurre hoy en pe-

queños círculos de poder privilegiados, sean partidarios o económicos. Las organizaciones comunitarias horizontales, incluyentes, participativas, autónomas, son las herramientas para el ejercicio democrático del poder, para que la política nuevamente refleje los intereses genuinos de la gente, a partir de que ellos se constituyan en sujetos activos en el proceso político y social de su comunidad y del país. Pero en estas organizaciones no se deben permitir las viejas prácticas que han dañado tanto a la gente y a la propia política, como el autoritarismo, la discriminación, el favoritismo, la corrupción, el caudillismo, el machismo, entre tantos otros males. Las organizaciones deben prefigurar la sociedad alternativa que buscamos, deben vivenciar en sus prácticas cotidianas la nueva política, deben mostrar en pequeño lo que se busca para toda la sociedad: participación, respeto, pasión, compromiso, creatividad. Debe haber coherencia entre los objetivos, los discursos y las prácticas concretas:

“Creo que nuestras organizaciones deberían funcionar como quisiéramos que el mundo funcionara. Es decir, no puedo decir que quiero un mundo diferente y en mi organización se acosa sexualmente a las mujeres y el resto nos callamos. No puedo decir que trabajo derechos humanos y explotar laboralmente a las personas que trabajan conmigo. Es importante tener una coherencia entre el discurso y la práctica. Para esto hay que revisarse permanentemente. (...) Creo que deben fomentarse los liderazgos más horizontales, que conversen más y que “manden” menos, que intenten articular esfuerzos antes de crear un “rebaño”. También liderazgos menos mesiánicos, liderazgos más laicos, más igualitarios” (Mirta Moragas, 2015).

Es normal que en los grupos humanos algunas personas se destaquen por su trabajo, por su capacidad, por su forma de expresión, por su creatividad o su tenacidad, son aquellos y aquellas que se van volviendo referentes o líderes de un grupo, de una comunidad. Los y las líderes juegan un papel importante en la sociedad, por ello su conducta, forma de gestión y conducción marcan una tendencia, un ejemplo,

que siguen habitualmente otras personas. De ahí lo esencial del tipo de liderazgo, que debe dejar de ser autoritario e individualista, donde todo gira en torno al líder, hacia liderazgos participativos, cercanos y abiertos a la gente, con mucha capacidad de diálogo, de docencia, de interacción social, que construyan con la gente, tomen decisiones colectivas, y permitan la emergencia permanente de nuevos y jóvenes líderes. Los y las dirigentes, líderes y delegados/as, deben ser personas convencidas del proceso de cambio impulsado, con fe el éxito de las tareas, que infunda confianza y convicción en sus comunidades.

En cuanto a los partidos políticos que se inscriben en la necesidad de construir colectivamente la sociedad alternativa, deberíamos hacer un profundo debate sobre su rol en esta tarea. Valorando el esfuerzo y las experiencias de lucha, es importante reconocer los pocos resultados alcanzados, en Paraguay y en la mayor parte de América Latina, en la construcción alternativa al capitalismo. Los partidos contrahegemónicos son herramientas que permiten profundizar la conciencia política de los pueblos si se asume ésta tarea, multiplicando trincheras, fortaleciendo las organizaciones comunitarias que deben ser el motor de la transformación. Es importante que los partidos las reconozcan en su autonomía y toda su potencialidad, para que desde cada comunidad, cada barrio, cada organización, se pueda reinventar una nueva sociedad.

Cuando en las organizaciones comunitarias, desde abajo, se vayan consolidando estas nuevas prácticas de democracia participativa directa, asamblearia y soberanas, las condiciones estarán dadas para que la política nacional pueda cambiar en esa nueva dirección, habrá germinado un ejército de dirigentes comunitarios comprometidos realmente con el bienestar de sus compañeros/as, vecinos/as, compueblanos/as. La construcción paciente de la práctica democrática podrá entonces dar un salto cualitativo hacia el Estado, hacia una revolución del Estado, que lo lleve de su matriz oligárquica y colonial actual a una matriz comunitaria, democrática e independiente. Pero ese salto debe ser construido pacientemente por el pueblo, con claridad y tenacidad. La experiencia del pueblo vietnamita da cátedra a este respecto, en el relato de uno de sus principales conductores, el Gral. Vo Nguyen Giap:

“Toda concepción nacida de la impaciencia que pretendiese una victoria rápida hubiera sido un grave error (...). Era preciso acumular millares de pequeños éxitos para llegar a una gran victoria. A este precio podíamos modificar paso a paso la correlación de fuerzas, pasar de la inferioridad inicial a la superioridad y obtener la victoria decisiva” (Giap, 2013).

2. Una nueva economía

La formación de una nueva economía debe rescatar la esencia histórica de los hechos económicos, que son los esfuerzos humanos por conseguir los bienes necesarios para la satisfacción de las necesidades de la comunidad. Desde que hombres y mujeres habitaron la tierra, por medio de su trabajo se procuraron los alimentos y el agua indispensables, la protección y coberturas necesarias para vivir, para reproducirse. Las actividades económicas han combinado de distintas maneras el trabajo y la naturaleza para poder satisfacer necesidades, generando en esos largos procesos una serie de conocimientos que se han acumulado en la memoria de la humanidad, permitiendo mejorar la producción, generar herramientas y maquinarias, tecnologías, y finalmente, capital.

La economía que en su esencia apunta a satisfacer necesidades humanas, a producir para el bienestar de la gente, como ocurría con los pueblos indígenas, ha dado en la historia un giro radical, a partir de las luchas entre clases y el acaparamiento de la riqueza social y natural por parte de ciertas minorías. El centro de la economía pasó de estar en los seres humanos a estar en el capital, el dinero, la acumulación de riquezas, el consumismo, el lujo. El trabajador rural fue dejando de producir en su chacra sus alimentos para ser un obrero asalariado en la fábrica de otros. El bienestar de los pueblos dejó de medirse por el acceso a la comida, la educación, la salud o las viviendas, y pasó a considerarse en función al nivel de ingresos, a la cantidad de dinero, de inversión de capital, al valor de la riqueza, a la cantidad de mercancías producidas. El objetivo fundamental de la economía para los neoliberales es el aumento del capital, lo que ha llevado a la destrucción masiva de la naturaleza para cumplir con el objetivo sacrosanto del crecimiento, a cualquier costo. Todo debe aumentar, las ventas, las importaciones, las

exportaciones, el consumo, para que el capital se reproduzca y crezca. Es la economía capitalista librada a sus expansivas y destructivas fuerzas.

Una nueva economía requiere recuperar la biocentralidad, colocar nuevamente a la vida, los seres humanos y a la naturaleza como lo más importante del sistema social, su reproducción y sustentabilidad como objetivos primordiales. Lo que necesitamos como pueblo no es ser los campeones de la producción, de las exportaciones o del crecimiento, sino vivir bien, y para ello, comer adecuadamente, tener una vivienda, buena salud y educación, además de un ambiente sano y preservado. Como sociedad necesitamos volver a valorar el *teko porã*, la armonía, la modestia en el consumo, el disfrute de la vida en comunidad, del encuentro y el diálogo, el desarrollo de las capacidades artísticas, deportivas y científicas de la sociedad, como espacios de realización personal y grupal, superando el consumismo y el tener cosas materiales como máxima aspiración. Volver a poner la economía, la tierra, el capital y el trabajo, en función a la satisfacción de las necesidades de todos los miembros de la comunidad, del país. Nadie debe pasar hambre, sed, tener frío, padecer la falta de educación y salud, no deberían haber personas sin tierras, sin techo, sin trabajo. Una nueva economía organizada en torno al bien común, no puede permitirse los lujos de algunos mientras otros sufren carencias básicas, la propiedad debe tener una función social, y la misma debe alcanzar para todos. En este sentido reflexionaba el jesuita José Luis Caravias con los campesinos y campesinas de las Ligas Agrarias Cristianas en los años setenta:

“... resulta que en la Biblia, tanto el acaparamiento de tierras, como el acaparamiento de la plata están prohibidos. El derecho de propiedad es una defensa solamente para los pequeños propietarios. La obligación de procurar el bien común está antes que el derecho de propiedad. Dios hizo la tierra para todos sus hijos. Y nuestra gran preocupación debe ser organizarnos de tal forma, que podamos desalamburar las muchas tierras robadas a los pobres. Y que no pueda haber lujos, mientras tantos hermanos pasan hambre. Si hacemos así, la llamada “justicia” de los poderosos nos perseguirá a

muerte. Pero lo que no le consentiremos decir por más tiempo es que sus propiedades son “sagradas”. No nos engañarán más. La justicia de Dios y la “justicia” de los ricos son cosas muy distintas. Dios llama ladrones a los que la “sociedad” llama gente honrada” (Caravias, 1971, p. 42)

Estas reflexiones a partir de la fe cristiana deben formar parte de una nueva religión o, mejor dicho, una renovación de la religión y de la iglesia, una vuelta a sus principios, para formar una renovada cultura, y construir una economía alternativa, donde no haya lugar para los lujos en medio de los hambrientos. Pasos en esta dirección los ha dado el Papa Francisco, principalmente a través de sus diferentes mensajes, entre los que se destaca la Carta Encíclica *Laudato Si*, donde reflexiona sobre el cuidado de nuestra casa común, la tierra, denunciando la destrucción social y ambiental a que ha llevado la sociedad tecnocéntrica y consumista, haciendo a la vez un llamado urgente a tomar conciencia y medidas concretas en torno al sistema de producción y consumo, para la preservación de la vida.

Como habíamos señalado, el proceso de transformación social hacia una sociedad alternativa debe ser integral y en diferentes niveles, incluyendo cambios culturales, educativos, políticos y económicos. Debe ser progresivo, iniciándose en algunos sectores sociales y comunidades, desde donde vaya expandiéndose hacia otros grupos de la sociedad, quienes van reconociendo en la práctica el valor de los cambios que se van observando. Además los cambios sociales deben corresponderse con cambios individuales, en los comportamientos, conductas y valores. Al mismo tiempo que la base material, hay que construir al hombre nuevo, decía el *che* Guevara.

En cuanto a la economía alternativa, es necesario trabajar sobre un cambio también integral del modelo de producción y consumo, buscando que la organización productiva genere bienes y servicios, como alimentos, ropas, viviendas, utensilios, muebles, salud, educación, turismo, deportes, arte, etc., enmarcados en un nuevo paradigma de sociedad, que sea respetuoso de la naturaleza, sano, preventivo, modesto, armónico y comunitario. La producción debe garantizar la satisfacción de las necesidades de toda la población, sin caer en el consumismo, en

base al uso racional y sustentable de los recursos disponibles, con un consumo modesto y suficiente para vivir bien.

Reforma agraria, agroecología e industrialización

Para el caso del Paraguay, sin lugar a dudas la construcción de una sociedad alternativa pasa por cambios sustantivos en la producción agropecuaria, en la propiedad y el uso de la tierra, el agua, y otros recursos estratégicos. La colonialidad del país pasa en gran medida, además de, por la carga cultural, por la estructura latifundista de tenencia de la tierra, súper concentrada en poder de terratenientes dedicados a la ganadería, los monocultivos, negocios ilegales y la especulación inmobiliaria, quienes a partir de su poder económico, manejan los tres poderes del Estado, además de los medios de comunicación. La sociedad alternativa solo será posible si se logra disolver este poder terrateniente, piedra angular de la estructura colonial y dependiente que padece el Paraguay:

“Necesariamente se tiene que pasar por la reforma agraria, transformar la estructura latifundista y minifundista de nuestro país, para satisfacer las necesidades del país y su desarrollo. Por las características de nuestro país, un sector fundamental que pueda generar ocupación de mano de obra y trabajo es la agricultura, a través de la distribución de la tierra, partiendo de una reforma agraria, y ligado a eso si nosotros llevamos adelante una política de desarrollo nacional se tiene que dar valor agregado, se tiene que industrializar los rubros que necesitamos como país para satisfacer nuestra demanda interna, eso significa soberanía, generar fuentes de trabajo y riqueza en el país. La reforma agraria y la industrialización de la materia prima son los dos elementos fundamentales para generar trabajo y riqueza, y desarrollar una política soberana e independiente” (Marcial Gómez, 2015).

La Reforma Agraria es la herramienta principal para un cambio estructural de la economía paraguaya, y debe indefectiblemente afectar la propiedad de la tierra, desconcentrar la tenencia, democratizar el acce-

so, de modo a eliminar los perjudiciales latifundios así como minifundios extremadamente pequeños, dotando de tierras a toda la población en condiciones de producir y proteger el medio ambiente.

Nuestro país ya pasó por un proceso de reforma agraria entre 1811 y 1840, cuando la propiedad de la tierra en su mayor parte pasó al Estado, que la entregó a la población rural en parcelas para que las trabaje, y erigió unidades productivas conocidas como Estancias de la Patria, para elevar la producción, abastecer al mercado local, y garantizar la ocupación territorial del país. En aquel proceso el Estado obtenía importantes ingresos económicos de la venta de los productos primarios, además de proveer a la población de productos diversificados, a bajos precios. Las importaciones de productos agropecuarios se redujeron al mínimo, lográndose el autoabastecimiento y la soberanía alimentaria. Los recursos obtenidos de la actividad económica del Estado permitieron impulsar posteriormente un proceso de formación técnica de la población, becando a jóvenes al exterior para capacitarse y contratando profesionales extranjeros dado que no habían en el país, además del desarrollo de pequeñas y medianas industrias. Todo esto fue realizado sin recurrir a ningún préstamo ni deuda pública. La reforma agraria francista fue una política pública que permitió romper con el poder terrateniente de españoles y hacendados, y hacer accesible este recurso fundamental para toda la población, constituyéndose el sector agropecuario en la principal fuente de ocupación:

“el gobierno debe instalar una política pública y se debe hacer la distribución de la tierra, mediante esa distribución de la tierra la mayor fuente de empleo puede garantizar el sector rural, pero para eso se requiere de una distribución equitativa, y sobre todo, los que van a desarrollar la agricultura deben estar en el campo, en su propia tierra o en una tierra colectiva, eso puede ser lo más efectivo con relación a la creación de empleos. Otra fuente de empleos puede ser la industria, se tiene que generar industrias de producción de alimentos” (Arnaldo Mendoza, 2015).

Como señala el dirigente campesino Mendoza, una fortaleza de la agricultura campesina e indígena es la creación de ocupación para la población, en una finca de 10 hectáreas pueden trabajar en promedio 3 personas, que además viven allí, por lo cual, cuidan y protegen el ambiente donde ellos y sus familias, además de sus animales, habitan cotidianamente. La diversidad productiva de una pequeña finca requiere de trabajo, para la huerta, los rubros de renta, los frutales, la cría de ganado menor, elaboración de derivados como leche y queso, por lo cual, si hay cierta garantía desde el Estado a los precios de estos productos, el empleo rural en gran cantidad está asegurado. En 100 hectáreas de agricultura familiar se pueden tener ocupadas a 30 personas, mientras que en 100 hectáreas de monocultivos o ganadería extensiva solo se genera 1 puesto de trabajo, o menos. Con la ventaja adicional que unos habitan dentro de ese territorio mientras que en la actividad extensiva por lo general no. Para la población rural, el acceso a la tierra se convierte en la llave maestra para acceder a muchos de sus derechos humanos fundamentales:

“El país debe tener políticas hacia la industrialización, y aprovechar el carácter agrícola para el cual es apto nuestro país, aprovechar el campesinado y las ricas tierras productivas para garantizar alimentos al país, para conseguir la soberanía alimentaria, reducir la importación de alimentos, y además la agricultura familiar campesina tiene una función social, da trabajo al 40 % de la población del país. Accediendo a la tierra acceden a la alimentación, al derecho a la vivienda, al trabajo, al agua, a la recreación de su cultura, les permite salir de la exclusión en términos de participación política, porque el campesino extremadamente pobre es más fácilmente víctima del clientelismo y prebendarismo político. La agricultura campesina no es un defecto, no es un atraso, es una virtud que tiene el país, que muchos países no tienen, tenemos una población campesina, jóvenes, que quieren trabajar en la agricultura, que piden la tierra, eso hay que apoyar...” (Alberto Alderete, 2015).

A los pueblos indígenas y campesinos el acceso a la tierra adecuada en cantidad y calidad, les permite acceder a alimentos y agua, les permite acceder a una vivienda culturalmente adecuada a su historia, les brinda trabajo, recreación, ambiente sano, vida, cultura, dignidad e independencia. La tierra, les garantiza el bienestar, el *teko porâ*, el presente y el futuro. Sin la tierra no hay *tekoha*, no hay posibilidad de una vida campesina e indígena digna. En el Paraguay actual se estima que existen unas 300.000 familias sin tierras, que son pobres, pasan hambre y todo tipo de carencias, son el grueso de los pobres extremos del país; con una política de reforma agraria que afecte 3 millones de hectáreas de las 40 millones que tiene el país (8 millones de hectáreas son tierras malhabidas en manos de terratenientes, propietarios fraudulentos), sería suficiente para erradicar la pobreza e impulsar el desarrollo social a partir de una nueva matriz productiva, incluyente y sustentable.

“el Estado debe recuperar la propiedad de la tierra, sobre todo de las denominadas malhabidas y ponerlas a disposición de las cooperativas de producción, en base a una priorización estratégica. Diseñar todo tipo de proceso impositivo, para mantener la calidad de esas tierras en base a obligaciones de los usuarios y propietarios, además del Estado. La producción no tiene que ser algo improvisado, sino manejado estratégicamente desde instancias nacionales, no digo que el Estado exclusivamente tiene que hacer eso, pero tiene que haber una instancia que lo haga estratégicamente. Ahí estaríamos definiendo la canasta productiva en base a la satisfacción de las necesidades locales con producción local, nacional, para acortar la distancia a los centros de consumo, de elaboración y transformación de la materia prima, pensar en las ventajas comparativas y estratégicas que tiene el productor nacional” (Miguel Lovera, 2015).

Como han señalado los entrevistados citados en los párrafos previos, un complemento natural y estratégico de la reforma agraria es una política de industrialización de las materias primas, de modo a generar más ocupación para la población, agregarle mayor valor a los

productos del campo, asegurar el mercado a los productos primarios y evitar la fuga innecesaria de dinero al exterior por importaciones de productos extranjeros que pueden producirse en el país. Pero la industrialización no puede dejarse en manos del libre mercado, sino que debe ser una política pública destinada al bienestar de la población, para lo cual deben impulsarse micro y pequeñas industrias a escala local, para abastecer a la comunidad y comunidades cercanas, y en casos muy convenientes, para la exportación. Acortando las distancias entre las zonas de producción de la materia prima agropecuaria, las zonas de industrialización y los centros de consumo locales, se ahorrarán tiempo, recursos y energía, lo cual redundará en beneficio de productores y consumidores. Las pequeñas industrias pueden desarrollarse en varios rubros, dulces, mermeladas y jugos a partir de frutas, aceites, harinas, azúcar, panaderías, fideos, bebidas, productos lácteos, tejidos y ropas, medicina natural, infusiones, muebles, carnes, productos alimenticios varios, plantas ornamentales, etc.

“Nosotros lo que deberíamos potenciar es alimentarnos con lo que nosotros producimos. Si las campesinas, campesinos, indígenas producen y el Estado apoya, nosotros no necesitaríamos que ingrese contrabando, que ingrese nada, incluso podríamos exportar nuestra producción. Tenemos las mejores tierras, buen sol, lluvia, todo tenemos. Y somos pocos, en poco tiempo podemos producir lo que consumimos, yerba mate, azúcar, mandioca, maní, maíz, frutas, tomate, todas las hortalizas del mundo tenemos posibilidad de producir en nuestro país, y aquí sobraría nuestra producción y tendríamos posibilidad de exportar. Imaginate si nos ayudamos, los paraguayos y las paraguayas quieren trabajar, donde se van normas les quieren porque van a trabajar, y si hubiera apoyo al campesinado para el desarrollo, produciríamos muchísimo, si pudiéramos recuperar las tierras en ese proceso” (Alicia Amarilla, 2015).

Como afirma la dirigente campesina Alicia Amarilla, la producción nacional diversificada e impulsada como política pública, conjunta-

mente con la industrialización, haría innecesario el enorme contrabando de productos que hoy se registra en el país, porque habría opción de productos nacionales, tanto agropecuarios como industrializados. El fomento de la producción nacional, en el marco de un sistema incluyente y sustentable, con apoyo del Estado y de la población, sería la base de una economía alternativa a la pobreza actual del modelo agroexportador, con miles de fincas productivas reactivadas, diversificando e industrializando, con criterios de sustentabilidad y cuidados hacia la salud humana y el medio ambiente. Las condiciones del Paraguay, la fertilidad de sus tierras, la abundancia de agua y lluvias, el sol y la temperatura promedio, la relativamente baja densidad poblacional, y la cantidad de gente en busca de trabajo, hacen que con políticas adecuadas y una renovación cultural, el país pueda en pocos años pasar a ser un país sin hambre, sin desempleados, con abundancia de producción y empleos, siendo ejemplo para otros países en mecanismos e instituciones para el urgente cuidado de la naturaleza. Teniendo como objetivo estratégico el logro de la seguridad y la soberanía alimentaria, que permitan sostener un país sin pobreza, sin hambre ni desnutridos, como ya tuvimos en tiempos pasados:

“debe potenciarse la seguridad y soberanía alimentaria, la producción de alimentos de manera continua que permita el sustento alimentario durante todo el año. Estos alimentos deben ser producidos de manera saludable y sana tanto para el que lo produce como para el que lo consume, (...) contemplar una estrategia de desarrollo rural que privilegie la producción campesina en la línea de la producción limpia, agroecológica, significaría así apostar por formas de producción sustentables y en consonancia con los conocimientos y la propia cultura campesina. (...) Las tecnologías y conocimientos campesinos deben ser la base de las propuestas productivas. El tiempo, y las malas políticas implementadas, erosionó estos conocimientos y prácticas, por lo que es necesario rescatarlos, revalorizarlos, potenciarlos y difundirlos. Las semillas nativas, el manejo del suelo, los ciclos de producción, la combinación de cultivos, el manejo de los cultivos, las prácticas

de post cosecha en las formas de hacer campesinas deben recuperarse. Nuevas formas de producción, agroecológica, orgánica, permacultura, biodinámica, deben investigarse y difundirse porque ellas recogen los principios de los sistemas de producción campesina” (Andrés Wherle, 2015).

Una enorme oportunidad para una nueva economía es la producción de alimentos sanos, limpios y nutritivos, a partir de la agroecología y la producción orgánica, en el mejor espíritu y tradición campesina e indígena. Son conocimientos que, como oportunamente destaca el Ing. Wherle, hacen parte del mundo y la historia de nuestro pueblo rural, pero que deben ser rescatados, socializados y valorizados nuevamente para desatar su potencial productivo. El mundo actual del capitalismo neoliberal en crisis, ha llevado a un deterioro no solo del ambiente, sino también de la alimentación de los seres humanos, dado el sistema alimentario industrial basado en los agronegocios, intensivo en agrotóxicos y productos químicos, lo que ha generalizado una gran cantidad de enfermedades y dolencias, como los diferentes tipos de cáncer, diabetes, colesterol, afecciones cardiacas, etc. Para contrarrestar esta involución de la alimentación y la salud de la población mundial, la producción agropecuaria en condiciones ecológicas, sin insumos industriales, será cada vez más demandada, más requerida, por su enorme superioridad en calidad y en beneficios para la salud de hombres y mujeres. Una reforma agraria con matriz agroecológica y complemento industrial a escala local puede ser una revolución socioeconómica y ambiental para el Paraguay en primer lugar, y posteriormente para la región y el mundo. Las mujeres rurales organizadas también reafirman la importancia de la agroecología, y su raíz campesina e indígena históricamente practicada, aunque no la llamaran de esa manera:

“La agroecología no es una receta que se trae, sino que es una práctica histórica de nuestro pueblo que siempre se hizo, no se llamaba nomas así. Rescatar todo el saber histórico, lo que hace miles y miles de años la gente vino protegiendo, las semillas para que no se acaben, hay un trabajo que se hace todo el tiempo para eso, de generación en generación,

recuperar eso. La agroecología es parte de un modelo de sociedad, porque no es posible realizarla solamente en tu finca, porque la agroecología es un todo. Es un cambio de conciencia, de alimentación, cambio de práctica, cambio de manejo de basura, de medio ambiente, de cuidado, de relación con la naturaleza, sin violentar nada, o sea que hablar de agroecología es hablar de territorio, de semillas, de formas culturales, porque es necesaria la cultura para sostener un proyecto. El capitalismo por ejemplo vino a cambiar nuestra cultura de alimentación. La agroecología además valora más el trabajo de la mujer...” (Alicia Amarilla, 2015).

La transformación en una economía alternativa debe ser resultado de una estrategia integral, que permita conectar diferentes aspectos de la vida, de la comunidad: la producción agroecológica tiene que desarrollarse conjuntamente con una cultura renovada, sobre el valor de los alimentos sanos y el cuidado ambiental, nuevos (o viejos) hábitos alimentarios que enriquezcan la dieta diaria, nuevas prácticas de cuidados y preservación de la salud, cambios en la forma y el contenido educativos, manejo sustentable de residuos, reciclaje, nuevos formatos de viviendas, cambios en los hábitos de consumo, etc. La igualdad debe formar parte central de estos cambios, entre hombres y mujeres, personas de diferentes edades y creencias, todos y todas deben ser valorados como personas, miembros de la comunidad, quienes pueden aportar al desarrollo de la misma.

Un elemento de dominación colonial al que son sometidos nuestros pueblos es la dependencia de los conocimientos y las tecnologías de empresas extranjeras, como el caso de las semillas transgénicas y los paquetes de agrotóxicos, que representan un costo elevado a favor de grandes corporaciones propietarias de esos insumos, a través de las leyes de patentes y propiedad intelectual. Volver a los conocimientos históricos campesinos e indígenas para el manejo de la producción, utilizando cuando sea necesario y adecuado maquinarias livianas, será un mecanismo de liberación de la dependencia tecnológica, y un proceso de democratización y empoderamiento de las prácticas culturales más beneficiosas para el medio ambiente:

“Desvincular a los productores de los sistemas de dominación y sometimiento a los que son sujetos por las grandes corporaciones y los derechos de propiedad intelectual global. Entiendo por tecnología también las derivadas de los conocimientos y las prácticas indígenas y locales, que responden perfectamente a economías desvinculadas de la dependencia de las marcas y las patentes” (Oscar Bazoberry, 2015).

Existen muchas experiencias avanzadas y sistematizadas en países de la región, en relación al rescate, la educación y las prácticas de formas agroecológicas, que pueden ser utilizadas en nuestro país para darle mayor impulso al proceso de cambio productivo y cultural. Tal es el caso de productores agroecológicos del Brasil, muchos de ellos del Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierras (MST), de productores de Cuba, Nicaragua, entre otros, ya conocidos por organizaciones campesinas de nuestro país:

“En Nicaragua yo fui y me maravillé del método de campesino a campesino, que empezó en Cuba y como funciona en Nicaragua. La gente, todos son técnicos, todos manejan el conocimiento técnico de la agroecología y tienen su registro. Cada familia lo tiene y entre todos se controlan. Y mejoran su producción y venden, asociativamente” (Alicia Amarilla, 2015).

El aprendizaje se desarrolla en cada finca, que se convierte en una pequeña escuela productiva, cada productor y productora son especialistas en diferentes aspectos del proceso, el intercambio es permanente, así como la mejora en la producción y la comercialización, si existe un fortalecimiento organizativo de la comunidad. También se tienen experiencias importantes de centros de formación en agroecología, como los impulsados por la Vía Campesina en América Latina, en el caso paraguay el Instituto Agroecológico Latinoamericano Guaraní (IALA GUARANI), que está formando, casi sin ningún tipo de apoyo y en base a la autogestión campesina, a la primera promoción de ingenieros agroecológicos del país. Ellos ya están transitando hacia la formación

de una nueva sociedad, una nueva forma de pensar, e invitan a la sociedad paraguaya a:

“transitar por este noble y prometedor camino hacia la agroecología, que no se trata de otra cosa, sino de entender y convivir con nuestro entorno de manera armónica, partiendo de la base de que somos parte activa del mismo y tenemos la misión de preservar y conservar para una vida más sana y por ende más digna para toda la humanidad. De este modo es fundamental entender que la agroecología es la herramienta de lucha y de resistencia de los pueblos, porque posibilita la permanencia de las familias en el campo y contribuye a la soberanía alimentaria, la autodeterminación de los pueblos y al enfriamiento del planeta” (IALA Guaraní, 2015, p. 24).

A pesar de las carencias de recursos, la convicción, el entusiasmo y la autogestión pueden lograr importantes progresos en la lucha por una sociedad alternativa, humana y sostenible, como lo vienen demostrando los compañeros y compañeras del IALA Guaraní. Esta extraordinaria experiencia impulsada por organizaciones campesinas del país, se desarrolla principalmente en el ámbito educativo, formando en el pensamiento crítico y la agroecología a su primera promoción, que ha sido denominada Tomás Palau, en homenaje al sociólogo que en sus inicios dio un entusiasta empuje a esta iniciativa, participando en los primeros cursos que se desarrollaron. Sin embargo esta experiencia se dio por fuera de la institucionalidad académica del Estado paraguayo, que ha dado la espalda a ésta y otras iniciativas orientadas a cambios en la economía paraguaya. Parte de la rebelión estudiantil en la universidad nacional en el 2015 se debió, además de, a la enorme corrupción, a la ceguera de sus autoridades y docentes, que poco miran y se comprometen con las necesidades de la población paraguaya. El grito de ¡UNA no te calles! Fue tanto de indignación, como de creación, de protesta y de propuesta, de cansancio y de esperanza. La educación y la universidad pública son absolutamente esenciales para construir otra sociedad, el conocimiento y la conciencia social deben estar unidos en el objetivo del desarrollo sustentable, inclusivo, en beneficio de todos y todas:

Las relaciones del sector académico con el sector productivo para investigación y desarrollo de productos e insumos que ayuden a mejorar la producción son alianzas estratégicas, también se podría fomentar la alianza de los productores con el sector gastronómico para lanzar al mercado alimentos sanos y nutritivos” (Genaro Ferreira, 2015).

El sector académico, técnico y científico debe estar enfocado en los sectores definidos como estratégicos para el país, no para el mercado. Podemos no tener hoy un mercado de turismo ecológico o de materiales de construcción biocéntricos, pero como sociedad podemos definir que estos sectores son estratégicos para un nuevo modelo socioeconómico, y por tanto, nuestras universidades pueden formar técnicos en dichas materias. No es el mercado el que debe definir la formación de nuestros jóvenes, sino las necesidades del país para un desarrollo integral, no subordinado a las necesidades de los capitales internacionales. La educación en general y la formación profesional en particular deben corresponderse con el nuevo modelo productivo, fortalecerlo a través de la formación de los técnicos y profesionales necesarios, por ejemplo, cuadros especialistas en investigación del ambiente y su preservación, en agroecología, en energías renovables, en educación ambiental, en el turismo natural, en la medicina natural y preventiva, en el fortalecimiento comunitario, en el diseño, la arquitectura y la construcción biocéntrica, en el desarrollo de tecnologías apropiadas para industrias locales, en alimentación nutritiva y diversa, en actividades creativas y recreativas en los campos del arte, el deporte y el conocimiento, entre muchos otros campos que deben estimularse con visión estratégica. El desarrollo de estas capacidades crearan nuevos mercados en el país, y atraerán a gente de otros países que carecen de ellos y de las condiciones naturales para su mejor desarrollo.

“Se debe impulsar la producción de todo lo que es alimento. No es solo para el consumo familiar, sino que para que el Estado adquiera de los campesinos esos productos para su consumo en las instituciones estatales, por ejemplo, en los colegios para la merienda nutricional de los estudiantes, en

esos espacios se debe de consumir productos del sector campesino” (Arnaldo Mendoza, 2015).

El Estado constituye el mayor mercado, el mayor comprador de bienes y servicios en cualquier país, y por tanto puede ser el gran dinamizador de la producción que se quiere fortalecer. La producción agropecuaria de las pequeñas fincas, además de garantizar los alimentos de las familias, deben proveer al Estado los productos necesarios para abastecer de alimentos sanos a las escuelas, los hospitales y centros de salud, los cuarteles, las cárceles, y otras instituciones. Además de asegurar el empleo a los pequeños productores, se posibilitaría que los productores estén cerca de los centros de consumo, por lo cual los alimentos pueden ser más frescos y nutritivos para las poblaciones beneficiadas. La producción diversificada debe abastecer a las propias familias productoras que garantizan su acceso a alimentos, debe abastecer a las instituciones del Estado, y además debe llegar al resto de la población, los diferentes mercados, por la vía de la organización comunitaria y la comercialización asociativa, evitando los perjudiciales intermediarios que siempre se enriquecieron a costa de la pobreza, de la explotación de los pequeños agricultores. La comercialización colectiva debe ser la garantía de buenos precios tanto para los productores como para los consumidores, quiénes además reciben buenos productos.

Formas de organización, propiedad y viviendas

Un proceso de construcción de una economía alternativa, implica superar el latifundio y las unidades productivas de gran extensión, sustituyéndolas por otras modalidades de organización productiva, de menor escala e impacto ambiental, fundamentalmente asociadas y organizadas de forma comunitaria. Se debe aprovechar el territorio de forma sostenible, utilizando la enorme capacidad laboral de la población rural para producir de forma diversificada, preservando bosques, los suelos, el agua y otros recursos naturales. Se deben buscar las formas de organización productivas más adecuadas según la población involucrada, teniendo la suficiente flexibilidad para adaptar las formas organizativas a la cultura y las decisiones de cada grupo humano, de cada familia o

pequeño productor, y a de acuerdo al tipo de actividad económica a ser desarrollada. Como afirma el ex viceministro de agricultura en base a su experiencia en esta materia:

Se debe impulsar todo tipo de organización que sea apropiada y definida por los grupos, organizaciones o comunidades campesinas e indígenas. (...) desarrollar aún más mecanismos autónomos y democráticos de toma de decisiones a nivel de las comunidades y organizaciones campesinas. Agricultura parcelaria familiar, comités de productores/as, asociaciones de comités, producciones comunitarias o asociativas, cooperativas, y combinaciones de éstas son algunos de los tipos de asociaciones que podrían impulsarse. (...) Las formas de propiedad de la tierra definida en cada comunidad rural, debe ser parte de la propuesta de desarrollo propuesta por cada una de ellas. Individual/familiar, comunitario/asociativo, y combinaciones de estas formas pueden ser apropiadas para cada caso. Lo importante es que los que integran estas organizaciones lo hagan convencidos y luchan por sus objetivos...” (Andrés Wherle, 2015).

Ya sean comités de productores, fincas familiares, cooperativas, asociaciones de productores u otra forma, es clave fortalecer los mecanismos democráticos y de mayor autonomía para la toma de las decisiones, que deben ser participativas y colectivas. Toda la población debe involucrarse en las decisiones que les afectan, aportando para que las decisiones que se vayan tomando sean beneficiosas para todos y todas, y sean impulsadas por todos los miembros de la organización, a partir del convencimiento y las ganas de lograr el bienestar material y espiritual de la comunidad. Las pequeñas unidades productivas y la ayuda entre productores tiene una larga tradición en el país que debe ser aprovechada:

“La producción tiene que estar basada en la organización de los pequeños y medianos productores, que tienen toda una historia en nuestro país en la producción de rubros muy diversificados, que son necesarios para satisfacer la demanda

interna del país. Además los pequeños productores históricamente producen en armonía con la naturaleza. Partir de la planificación desde el Estado, relacionado a eso la organización de los productores tiene que ser impulsada hacia la cooperativización de los productores, es un paso fundamental que tiene que ser política de Estado, para facilitar tanto la producción, la comercialización, el acceso a tecnología, a infraestructura, a implementos, dentro del marco de la política de desarrollo del Estado” (Marcial Gómez, 2015).

La organización de la producción debe ser parte del proceso de reforma agraria, una clara política pública para lograr un adecuado ordenamiento territorial según las potencialidades de cada región, además de la asociación entre productores para potenciar las capacidades productivas, la posibilidad de industrialización a escala local, mejorar la comercialización, lograr la infraestructura productiva y social necesarias, y acceder a otros bienes fundamentales como el agua, la energía, la comunicación, que requieren de una importante inversión en función a la ubicación geográfica de la comunidad. Las inversiones del Estado en cada asentamiento serán tanto más útiles cuando respondan a decisiones de la propia comunidad, y estas provengan de la alta participación de sus miembros.

“Se debe fomentar y potenciar asociaciones de producción y las cooperativas, esta última, tiene algunas deficiencias por el hecho de que, demasiado prioriza lo económico y descuida la parte social; pero si se logra corregir, sería una buena alternativa a ser potenciada. (...) Los medios de producción deben ser propiedad de las asociaciones o de las cooperativas, no de manera individual como se tiene actualmente” (Arnaldo Mendoza, 2015).

Arnaldo Mendoza advierte oportunamente que las organizaciones comunitarias no deben caer en centralizar toda la actividad en los temas económicos, buscando ingresos como único objetivo, sino que los aspectos sociales, educativos, de participación política, recreativa y otros, son esenciales para el fortalecimiento de la comunidad, su bienestar y

el compromiso de los asociados en torno al desarrollo comunitario. Las cooperativas son una buena herramienta que puede utilizarse, tomando en cuenta la advertencia señalada. Si los medios de producción como la tierra, las maquinarias, infraestructura productiva son de propiedad colectiva aún mucho mejor, para que el esfuerzo de todos sume en una misma dirección, y no hayan disputas en torno a los bienes a los que accede la comunidad:

“La propiedad comunitaria de la tierra, sea bajo formas tradicionales, o nuevas formas como las reservas campesinas y otras que se puedan diseñar son imprescindibles para controlar la acumulación de recursos productivos en el campo. La superficie es un buen método para limitar el tamaño de la propiedad y desincentivar algún tipo de tecnología. Se podrían establecer criterios más complejos, como generación de empleo por superficie, daños ambientales, y otros que no solamente limiten, sino sean motivo de “reversión” como se llama en el caso boliviano, es decir que retornan los derechos al Estado. En el caso boliviano, una vez que esto ocurre, según nuestra constitución, las tierras solamente pueden ser dotadas a título comunitario (...) La legislación agraria boliviana es la más avanzada en términos de sociedad alternativa rural, aunque tenga baches en su cumplimiento” (Oscar Bazoberry, 2015).

La experiencia boliviana bajo el gobierno de Evo Morales puede arrojar mucha luz sobre los mejores caminos para avanzar en la reforma agraria, redistribuir la tierra e impulsar la diversificación productiva de pequeña y mediana escala. La constitución y las leyes agrarias de este país han dado pasos importantísimos hacia la democratización de las tierras y la incorporación de la población campesina e indígena a los circuitos productivos. Habíamos dicho que el objetivo de la nueva economía no es la acumulación de riquezas ni de dinero, sino el bienestar, el buen vivir de la población, para lo cual los límites a la propiedad privada son fundamentales, dado que su existencia es limitada, así como el fortalecimiento de las dinámicas asociativas y la

propiedad comunitaria, en algunos casos en asociación con el Estado. Los latifundios o grandes propiedades deben ser eliminados progresivamente, y deben haber límites máximos de superficie por propietario, en una cantidad a ser delimitada democráticamente. Además, las fincas que no generen suficiente empleo y las que deterioren el medio ambiente deben ser penalizadas y recuperadas por el Estado.

“Lo mejor sería propiedad colectiva, hablando de propiedad de la tierra. Para que se desarrolle un país, los medios de producción deben estar en manos de trabajadores y trabajadoras, si no, es imposible. Y esto depende de muchos factores, especialmente de los niveles de conciencia, pues existen muchas clases de pensamientos, y muchas veces nosotros nos quedamos en el pensamiento crítico pero no llegamos al pensamiento organizativo. Pocos son los que se organizan y muchos son manipulados. Necesitamos un cambio que permita pasar eso, algo colectivo se cuida entre todos, y se comparte entre todos” (Alicia Amarilla, 2015).

Sin dudas se debe fomentar desde el Estado la propiedad colectiva de la tierra, de unidades productivas como industrias, empresas, para fortalecer la conciencia social de que unidos y con objetivos comunes toda la comunidad saldrá beneficiada. Toda la comunidad es responsable de la gestión y los resultados alcanzados, de los problemas y los beneficios que resulten del esfuerzo colectivo. Las prácticas de reciprocidad de los guaraníes y otras comunidades indígenas nos enseñan que las necesidades de la comunidad pueden ser satisfechas entre todos, con la suma del esfuerzo y el trabajo de cada miembro, de cada integrante del asentamiento u organización, logrando un colectivo social capaz de superar la acción individual, donde cada uno tiene que arreglárselas para sobrevivir. La razón individual debe ser reemplazada por la del bien común, la familia nuclear restringida desborda y se amplía a la comunidad, que se constituye en una gran familia.

Sin embargo, esto no significa la eliminación total de la propiedad privada, sino limitarla para que sea accesible a toda la población en diferentes modalidades (comunitaria, familiar, privada, pública, mixta),

para lo cual se debe evitar el acaparamiento y la concentración de la tierra:

“Debe existir la propiedad privada, no quiero que el Estado monopolice la propiedad, la distribución debe ser justa y equitativa, el Estado debe tener un rol de poseedor de las mayorías de las tierras, para ejercer soberanía, en nombre del pueblo, el acceso a la tierra que está vinculado a derechos ancestrales o a tradiciones populares, debe estar en manos de dicha gente” (Miguel Lovera, 2015).

Reiteramos la importancia de tener flexibilidad en cuanto a las formas de propiedad y organizativas, de modo a estimular la diversidad y la mejor forma de organización de acuerdo a cada circunstancia particular y cada población involucrada. Las leyes deben ser modificadas para dar cabida a esa diversidad de propuestas, y a la vez que puedan contar con el acompañamiento estatal, la inversión pública, además del apoyo técnico y financiero. El Estado debe contar con una planificación estratégica nacional, en función a los recursos con que cuenta el país, los tipos de tierra, el clima, el agua, el capital productivo, la población en edad de trabajar, etc., y en base a esto, conjuntamente con las organizaciones comunitarias, ir definiendo las actividades productivas a ser desarrolladas por distrito, compañía, y departamento, en función a la demanda del mercado local, y de los objetivos de exportación determinados:

“La legislación debe contemplar todas las posibilidades de organización y tenencia de la tierra en el caso de las comunidades rurales e indígenas. Esto debe estar acompañado de políticas públicas que hagan posible que estas modalidades tengan posibilidad de obtener éxito en su implementación. Los latifundios o las grandes extensiones de tierra no deben existir, a no ser que sean propiedad del estado destinadas a áreas de conservación (...) La capacidad de uso de la tierra define el tipo de uso productivo que puede tener. Zonas de praderas naturales para la ganadería, zonas de suelos frágiles, pedregosos y con pendientes para los bosques, zonas

planas para la agricultura, zonas bajas y de esterales como humedales a conservar. La planificación del uso de la tierra es una herramienta que posibilita definir estas áreas” (Andrés Wherle, 2015).

La conservación y el cuidado de los ecosistemas deben ser objetivos prioritarios para la planificación y el ordenamiento del territorio, la sustentabilidad ambiental es un criterio central para cualquier sociedad que se considere alternativa en el siglo XXI. El estímulo a la producción agroecológica y orgánica será de máxima prioridad para las políticas públicas, de manera a lograr combinar los objetivos económicos y productivos, con los objetivos ambientales de conservación. La organización asociativa y las certificaciones necesarias deben acompañar el fortalecimiento del sector, para que pueda constituirse en una marca país, a ser promocionada en el mundo:

“Las asociaciones de productores agroecológicos y orgánicos ya que hay una tendencia a nivel mundial de consumo de estos productos sanos. (...) Una agricultura con tecnología básica campesina que ayude a los agricultores a tener productos de calidad y cantidad, que estos sean constantes para acceder a los mercados, son muy exigentes los consumidores finales. (...) Es primordial para la siembra la tecnología ya que en el campo queda muy pocos recursos humanos por la migración de jóvenes a otros países, para sacar un producto con calidad de primera se requiere de insumos y tecnologías que ayuden a controlar los ataques de enfermedades y plagas de los cultivos causados por el cambio climático” (Genaro Ferreira, 2015).

Un aspecto complementario a las formas de organización y propiedad, son los tipos de viviendas más adecuadas para ser impulsadas. En una sociedad alternativa las formas de asentamiento, las viviendas, deben expresar los nuevos criterios valorados, como el cuidado ambiental, el ahorro energético, la integración comunitaria y la armonía. Las viviendas deben concebirse e integrarse a sus entornos, a las oportunidades que ofrece el medio ambiente.

La organización de nuevos asentamientos, tanto urbanos como rurales, debe responder a una planificación adecuada, para el uso más eficiente del territorio, la preservación de los recursos naturales, y el mayor bienestar posible de los habitantes. En el caso de los asentamientos campesinos se tiene la experiencia de la organización nuclear de los mismos, donde todas las fincas convergen hacia un centro urbano donde se instalan espacios comunitarios, para facilitar el acceso a servicios básicos, así como la interacción e integración de los miembros de la comunidad. Cerca de las viviendas se tienen las huertas y espacios para animales menores, y los terrenos para los cultivos de renta van quedando en las zonas externas al núcleo:

“Los asentamientos, sobre todo los campesinos, tienen que tener una orientación que facilite el acceso a los servicios básicos, a instituciones, que posibilite la organización de la gente, los asentamientos tienen que ser nucleares, el papel del Estado es garantizar que tenga una vivienda digna la gente. El sistema nuclear facilita en todos los sentidos para poder ofrecer servicios básicos a la gente, la gente puede apoyar organizativamente cualquier iniciativa que se necesite” (Marcial Gómez, 2015).

El modelo social basado en la organización comunitaria y la constante participación de la gente para resolver los distintos aspectos que afectan la vida en el asentamiento, requiere de una planificación territorial adecuada, facilitando el encuentro de la gente, ubicándose las viviendas a una relativamente corta distancia, para que la comunicación y el diálogo pueda ser fluido entre los habitantes, y desarrollar con más fuerza la identidad de los asentamientos, barrios, etc. El aislamiento y la incomunicación es el modelo de la sociedad neoliberal que debe ser superado:

“Los asentamientos que posibiliten el acceso a los servicios y promuevan condiciones de una más intensa comunicación y vida social entre sus habitantes son tal vez los mejores. (...) Lo más nuevo representan las iniciativas campesinas para la creación de zonas rurales libres de agrotóxicos, para la

producción sana, canalizadas hacia los municipios que en algunos casos ya cuentan con aprobación municipal” (Andrés Wherle, 2015).

Otra iniciativa que ya se ha experimentado en el país son las declaraciones de territorios libres de fumigaciones, para propiciar la producción sana y agroecológica, evitando los riesgos de contaminación por el uso de productos tóxicos. Estas iniciativas, que ya se han implementado en algunos distritos, deben extenderse para tener departamentos y regiones libres de venenos, donde se pueden implementar una gran variedad de actividades además de la producción de alimentos, como la medicina natural, el turismo ecológico, actividades artísticas y recreativas, entre otras.

Otras experiencias en torno a la propiedad de la tierra y el asentamiento territorial, muestran que la propiedad colectiva facilita el arraigo y evita la venta individual de las fincas individuales, que por diversas situaciones suelen prestarse a negociaciones con agentes de mucho poder económico. Los casos de numerosas comunidades indígenas son elocuentes en este sentido:

“está demostrado en la práctica que en los últimos tiempos la propiedad colectiva tiene más resistencia. Como experiencia se tiene las comunidades indígenas, principalmente acá en el departamento de Concepción, los Paí Tavyterá por ejemplo, tienen su propiedad en forma asociativa o comunitaria, y se tiene una estadística de la zona de Amambay que casi centenas de comunidades campesinas desaparecieron; sin embargo, las comunidades indígenas con propiedad colectiva no desaparecen. Entonces, para mí en una sociedad alternativa, la propiedad de la tierra tiene que ser colectiva; pero teniendo en cuenta que acá en nuestra zona las propiedades se tienen de forma individual, sería importante pensar una posibilidad de tenencia de dos formas dentro de un territorio, ya sea individual y también asociativo, o sea mixto, dentro de un territorio” (Arnaldo Mendoza, 2015).

Los modelos de viviendas y los materiales de construcción deben estar adaptados al clima de cada región, de modo a minimizar la utilización de energía eléctrica, luces, acondicionadores de aire, etc. La organización de la vivienda, de los espacios, de ventanas y puertas, de los materiales del techo, las paredes y el piso pueden permitir tener viviendas frescas, adaptadas a nuestras condiciones climáticas, iluminadas, sin mayor uso de aparatos artificiales. Los árboles y plantas ubicados alrededor también ayudan a mejorar el clima y el ambiente cotidiano. El uso de fuentes de energías alternativas como los paneles solares, la energía eólica, el biogas, serán prácticas alternativas de pequeña escala y muchísima utilidad. Todo esto bajo los nuevos (viejos) paradigmas como la bioconstrucción, los asentamientos en función a las potencialidades de la naturaleza, la integración armónica con el paisaje, el uso de materiales alternativos de construcción:

“Impulsar la bioconstrucción. A partir del desarrollo del capitalismo todo es mercancía y la arquitectura también se convirtió en mercancía. Antes las casas grandes, de la época de los López, la arquitectura no era mercancía, sino que se pensaba en cómo estaría la gente en las casas. Por ejemplo, la arquitectura te decía que donde sale el sol, se debe colocar la ventana, dónde colocar la puerta, porque antes no había ventilador ni acondicionador de aire, y ahora es todo un comercio. Se hacen las casas para que se utilicen estos electrodomésticos. Pero antes, esas puertas grandes, y ventanas grandotas no era otra cosa que la intención de que circule el aire.. dónde se colocaba el baño, para que no tuviera olor.. era un arte, esa arquitectura que hoy en día el capitalismo también se adueña de ella y se hacen las casas para que requieran el uso de luz, de acondicionador de aire.. se crean las necesidades para nosotros” (Alicia Amarilla, 2015).

Las nuevas construcciones y la arquitectura biosustentable, debe proyectarse a escala de pueblos, barrios y asentamientos, toda la planificación urbana, de casas, calles, servicios, transporte, espacios de esparcimiento, etc., deben estar integrados en un plan general de orde-

namiento territorial, aprovechamiento racional de los recursos, ahorro de recursos y energía. Para el siglo XXI necesitamos de nuevas ciudades, más pequeñas, amigables, no contaminadas, con mucho más naturaleza y espacios públicos, con mucha más vida comunitaria, vecinos integrados, lo cual generará mucho más confianza y seguridad ciudadana, solidaridad y apoyo mutuo. Como señala el reconocido economista ecuatoriano Alberto Acosta, el Estado debe promover con políticas públicas e incentivos económicos estas nuevas formas de vida, volver al campo, fortalecer a los pequeños pueblos, garantizando servicios básicos:

“estamos llegando a situaciones cada vez más visibles e insostenibles, como lo que está sucediendo en aquellas ciudades gigantescas, San Pablo, Río de Janeiro, Buenos Aires, ciudades enormes donde los problemas crecen exponencialmente. Yo creo que es momento de reinventar las ciudades en todo sentido. En primer lugar, hacer más atractiva la vida en el campo que en la ciudad, a través de decisiones del Estado; los servicios telefónicos, de electricidad, de agua potable, de bomberos. Cualquiera de estos servicios públicos si están disponibles en las ciudades, deberían estar también disponibles en el campo pero con una diferencia, las tarifas, en contra de lo que dicen los técnicos, tiene que ser más barata en el campo, la vida en el campo tiene que ser cada vez más agradable, en las pequeñas ciudades, en los pequeños pueblos, para que la gente no esté queriendo salir del campo hacia la ciudad. Comencemos a pensar nuestros países desde los barrios, desde las comunidades. Pensar por ejemplo, el suministro de los servicios básicos, no desde el gobierno central, el municipio, sino desde las mismas comunidades, que abre la puerta a otra lógica, a otra racionalidad. Vamos recuperando las ciudades para la comunidad y entonces, hay experiencias como los pueblos en transición, comunidades que se organizan y van cerrando espacios extensos del barrio al ingreso de automóviles, ni autos ni buses, solo entran bicicletas, o la gente a pie, se van eliminando los espacios de cemento para ir generando

espacios verdes, donde se construyen mecanismos para que la gente pueda tener espacios de recreación, hay que meter mucha comunidad en las ciudades, acercarnos en lo posible a la naturaleza, desde las ciudades. Y eso tiene una serie de ventajas, se vuelven más vivibles, más seguros porque se recupera el espacio público y se disminuyen los espacios de inseguridad ciudadana...” (Alberto Acosta, 2015).

En tiempos de cambio climático y calentamiento global, de inseguridad y violencia estructural, la sociedad alternativa enfocada en el bienestar de la población y en la conservación de la naturaleza, se convierte más que en una opción, en una urgencia para la supervivencia de las generaciones presentes y principalmente las futuras de la humanidad. No avanzar en esta dirección sería una enorme irresponsabilidad para con ellos.

Servicios, ambiente y energía

Existen muchos otros aspectos de una sociedad y una economía alternativas que deben ser considerados y discutidos colectivamente, para llegar a las respuestas más adecuadas en cada uno de ellos. Tal es el caso de los servicios básicos que necesita la población para vivir, y no solo eso, sino vivir bien, en armonía con los demás y la naturaleza, de la que formamos parte. La sociedad neoliberal pone en manos de las empresas privadas, del mercado, esos servicios, como la electricidad, educación, agua, salud y otros; por tanto, para acceder a esos bienes se debe pasar por el mercado, pagar por ellos los precios fijados por los actores privados, y así poder recibirlos. En una sociedad alternativa estos bienes no pueden ser mercancías sujetas a la oferta y la demanda, sino que son derechos humanos que la sociedad, vía el Estado y la organización comunitaria, garantiza para el disfrute de toda la población. Muchos servicios básicos pueden cogestionarse conjuntamente entre las comunidades y el Estado, como la electricidad, los caminos, agua y alcantarillado, telecomunicaciones, educación y salud. La comunidad organizada velaría por el correcto uso de los recursos disponibles y la calidad del servicio, sin necesidad de que, de por medio esté el lucro de

empresas privadas. Hay experiencias en la región que ya llevan camino avanzado en esta dirección:

“Hay algunos servicios donde el Estado tendrá que estar presente, pero no solo el Estado, estoy pensando por ejemplo en el suministro de electricidad, en la actualidad hay posibilidad de suministro de electricidad desde las casas, se autosatisface y satisface parte de la sociedad y creo que hay que ser un poco más flexibles. Donde yo sí pondría incapié es en desmercantilizar los bienes comunes, todo lo que son bienes comunes debe estar desmercantilizado, lo cual no quiere decir estatizado, ahí puede intervenir la comunidad. Bienes comunes como la electricidad, el agua, la educación, la salud, esas cosas no pueden estar en el mercado ni tampoco puede resolver el Estado por sí solo. Nosotros en Ecuador incorporamos el tema de los derechos de la naturaleza, desde una perspectiva de derechos hay que democratizar el acceso de la sociedad a ese tipo de bienes y servicios”
(Alberto Acosta, 2015).

Tanto la experiencia ecuatoriana como la boliviana de la última década, han mostrado que la expansión de los servicios pasa necesariamente por una mayor presencia del Estado en la prestación de dichos servicios, así como por el involucramiento y la participación activa de las poblaciones organizadas, que serán beneficiadas con dichos servicios elementales. La cogestión estatal comunitaria es en varios casos la mejor fórmula para lograr cobertura y calidad en los servicios básicos. Un mejoramiento en la calidad y alcance de los servicios de salud, en la educación primaria, secundaria, técnica y profesional solo podrán alcanzarse con inversiones que deben hacerse desde el presupuesto público, desde el Estado. En este sentido, la redistribución económica vía cobro de impuestos e inversión social es fundamental para lograr una mayor equidad e igualdad de oportunidades reales para todos y todas:

“La experiencia boliviana muestra que una participación activa del Estado, sea vía empresas públicas, sociedades mixtas, unidades desconcentradas, genera en ciertos sectores

una mejora sustancial y acelerada de los servicios, como es el caso de la telefonía, el internet, aviación, ciertos sectores de alimentos. (...) sin embargo, hay que considerar que en la región no hay mejoras en sectores como los de educación, investigación, que son tomados por el sector empresarial privado. Existe un conjunto de bienes y servicios que no pueden desprenderse de la administración estatal, a no ser que se cogestionen territorialmente con las organizaciones sociales, como es la provisión de agua y alcantarilla, energía eléctrica, combustibles, comunicaciones, mantenimiento y administración de carreteras, salud y educación, etc” (Oscar Bazoberry, 2015).

Un plan de reforma agraria, de asentamiento y planificación urbana, de fortalecimiento de pueblos y ciudades, debe siempre abordarse de forma integral, considerando los aspectos del asentamiento, la vivienda, los servicios de agua, electricidad, el acceso a escuelas y hospitales, los caminos, la producción o provisión de alimentos, el trabajo, la infraestructura productiva, los espacios de recreación. Todo ello con la mayor participación de la población en las decisiones y en la ejecución de tareas, para lograr el arraigo real, el desarrollo socioeconómico y político de la comunidad, la seguridad, el bienestar de la gente y el cuidado del medio ambiente:

“se debe asegurar a la familia que reciba la tierra y no se le debería dejar nomas, se le debe asegurar para que puedan desarrollarse y deberían acompañarle en cuanto a crédito o a un subsidio, de manera que ellos puedan levantarse, que le aseguren escuela para sus hijos, electrificación, todos los servicios que les permitan instalarse y desarrollarse, eso debería ser obligación del Estado. Entonces en una sociedad que no tiene necesidades, ya no hay robos, violencia, ahí vos prevés muchísimas cosas, ahí hablamos de la seguridad social en sí, porque a veces se habla de seguridad y se habla de militares, y no se habla de seguridad en cuanto a salud, educación, todos los servicios” (Alicia Amarilla, 2015).

Por el lado ambiental, el manejo de los bienes comunes y la naturaleza debe cambiar radicalmente en el menor tiempo posible, dados los enormes daños que ya se han causado a la misma, por la lógica capitalista de explotación intensiva de los recursos naturales, que se ha constituido en una amenaza real a la propia supervivencia en el planeta. La conciencia social sobre la profunda crisis ambiental en que estamos ha crecido de forma importante en los últimos años, pero es necesario convertir esa mayor conciencia en fuerza organizada, en acción, en medidas concretas para evitar seguir deforestando, contaminando, fumigando y demás actividades destructivas del ambiente:

“En el caso actual, donde todo pareciera estar perdido, habría que tratar de mostrar al conjunto de la sociedad que sin casa no estaremos, que no es posible esta forma de vida sin planeta que la acoja, por lo que habría que cambiar drásticamente la conducta predatoria del humano actual, y tratar de salvar lo poco que queda, empezando por la atmósfera y el agua; el resto puede ser cuestión de tiempo, respetando el proceso de regeneración de la naturaleza, tratar de favorecer ese proceso, y no lo contrario, que equivale al punto final de todas las especies conocidas. Y estamos caminando inexorablemente a una extinción masiva. (...) Una vez detenida la frontera agrícola, que no podrá expandirse ni un milímetro más, sobre lo destruido hay que iniciar un ambicioso proyecto de recuperación de suelos y sobre todo la eliminación total del vertido de agrotóxicos, recurriendo para el efecto a artes agronómicas acordes con las reales necesidades alimentarias” (J. Escobar, 2015).

Una de las medidas más urgentes, como señala el ambientalista J. Escobar, es frenar la expansión de la frontera agrícola en el país, dado que ya se ha deforestado la mayor parte del territorio nacional para actividades agrícolas y pecuarias, tanto en la región Oriental como en el Chaco, por lo que los remanentes de bosques cada vez son más pequeños y escasos. La ley de deforestación cero debe tener real vigencia y aplicación, para conservar esos pequeños bosques que aún existen, e

iniciar un proceso de recuperación de los territorios explotados de forma irracional e insustentable. Como señala Genaro Ferreira, “el Estado tiene que hacer cumplir las leyes ambientales a todos por igual, tanto a ricos y pobres”. La prohibición del uso de agrotóxicos debe ser una segunda medida sobre la que avanzar, fortaleciendo la agricultura de pequeña y mediana escala, ecológica, con alta incidencia de trabajo humano y reducción del uso de maquinarias. La conservación de la naturaleza dependerá de lograr la implementación de un nuevo modelo productivo en el país, para lo cual es necesario:

“Promover y fortalecer la producción de autoconsumo, el cuidado de los cursos de agua y los bosques. Desalentar la producción extensiva, el monocultivo que trae consigo la deforestación, contaminación de los cursos de agua, envenenamiento, se tiene que prohibir la destrucción masiva de los bosques, la producción extensiva de los monocultivos, la utilización de las semillas transgénicas. La semilla es un tema de soberanía, hay que rescatar la semilla nacional, las semillas transgénicas controladas por las transnacionales traen los paquetes tecnológicos contaminantes” (Marcial Gómez, 2015).

El rescate de las semillas nativas, la recuperación de los suelos, el manejo sustentable de los recursos naturales, la rotación de cultivos, las curvas de nivel, las prácticas de producción animal integradas a la finca, la agroforestación, las huertas agroecológicas, los biodefensivos y biofertilizantes naturales, los abonos verdes, son algunas de las estrategias de producción sustentable a ser estimuladas mediante políticas públicas, inversión y formación técnica. El país debe destacarse como territorio en proceso de conservación, libre de agrotóxicos y fumigación, productor de bienes y servicios sanos, sustentables, beneficiosos para la salud humana y el buen vivir.

La decisión sobre el uso de los bienes comunes debe pasar por consultas con las poblaciones que serían afectadas, debe apostarse a la participación de la gente para la toma de decisiones. Ni el sector privado, ni el Estado solo, deben decidir de forma unilateral. Es necesario el rol regulador, controlador y administrador que corresponde al Esta-

do, pero también es fundamental la participación de la población, vía asambleas, consultas u otros mecanismos, para definir el mejor curso de acción que comprometa el uso de recursos naturales:

“Una sociedad alternativa, a la actual, solo sería posible si se desprende de la noción de Estado como el propietario de los bienes comunes. En la constitución boliviana los recursos son de todos los bolivianos, y son administrados por el Estado. Se debe promover el control social. El derecho a la consulta libre e informada” (Oscar Bazoberry, 2015).

Toda la población debe sentirse responsable y protagonista del presente y futuro del país, participando con información, con conocimientos, fortaleciendo la democracia participativa y la cultura del diálogo, del encuentro, de la reciprocidad. Esta forma de gestión debe impulsarse para todos los temas relevantes que afectan la calidad de vida, entre muchos otros, el uso de los bienes comunes de la naturaleza, así como también los tipos de energía a ser utilizados, y en qué formas. Éste último tema es quizá uno de los más importantes en torno al problema del cambio climático, porque el modelo de producción y consumo actuales están basados en el uso intensivo de energía, en gran medida contaminantes, como los combustibles fósiles, la energía nuclear, etc. Una sociedad alternativa necesariamente debe modificar su matriz energética respecto a la actual, debe recurrir a las energías más limpias y renovables, al mismo tiempo de reducir el patrón de consumo, que hoy representa un despilfarro insostenible e irresponsable. En el caso paraguayo, sin dudas la energía eléctrica debe aprovecharse de la mejor manera:

“En el caso paraguayo la energía eléctrica que ya se tiene, y es relativamente limpia, debería usarse de forma privilegiada, desalentando el uso de cualquier otra, pero complementando con el uso de energías limpias, como las eólica y solar. Esto debe estar acompañado de políticas de desestímulo al abuso energético y fomento del uso racional de ella, por ejemplo, las grandes industrias deberían cambiar los hornos de combustión de carbón vegetal por hornos eléctricos, sobre

todo silos, secaderos, etc., evitando de esta manera el sacrificio de los bosques. A nivel doméstico también hay que reducir el consumo superfluo” (J. Escobar, 2015).

Paraguay importa el cien por ciento de los hidrocarburos que utiliza, los derivados del petróleo, el gas, por lo cual representa una sangría permanente de dinero para el país. Siendo uno de los mayores productores de energía eléctrica, es de sentido común reemplazar la energía que no se produce en el país por la que si se produce, lo cual no ha sido posible por los intereses económicos de las empresas de combustibles. La electricidad debe aprovecharse mucho más, en la industria, el sector agropecuario, en el consumo doméstico, y con más razón en el transporte, donde se da el mayor uso de energías importadas y contaminantes. Todo el sistema de transporte público, buses, trenes de superficie o subterráneos, metros, etc., debe moverse a base de electricidad; también los automotores a electricidad deben formar parte de la transformación de la matriz energética. Utilizando eficientemente la electricidad en el país se logrará reducir los costos para la producción y el consumo, reducir los impactos ambientales, y desarrollar la soberanía o autodeterminación energética del país:

“Paraguay tiene una producción muy grande de energía limpia, renovable, que se puede usar en casi todos los sectores, agrícola, industrial, transportes, etc. Ahora esta desaprovechada. Fortalecer la producción con sistema de riego, la agroindustria, el transporte, en todos los sentidos” (Marcial Gómez, 2015).

Además del estímulo a las energías limpias y renovables a través del Estado y la organización comunitaria, también se debe desestimular con penalizaciones el abuso en el consumo energético, así como el uso de fuentes energéticas contaminantes:

“Se debe aumentar la penalización, con impuestos, tarifas más elevadas, al uso de energías/recursos no renovables y contaminantes, así como la penalización también de prácticas consumistas y ostentosas (vehículos individuales, particularmente los de lujo, mansiones, artículos de lujo, etc)”
(Ricardo Canese, 2015).

Los estímulos y desestímulos implementados, la inversión pública, una nueva cultura energética, nuevas formas productivas, nuevos hábitos, son necesarios para una nueva sociedad, realmente alternativa, en base a una matriz energética sustentable que puede incluir las siguientes fuentes energéticas, propuestas por el Ing. Ricardo Canese (2015):

- La energía hidroeléctrica.
- El uso verdaderamente renovable de la biomasa (leña, madera) que permite extraer recursos valiosos conservando el bosque, el humedal y, en general, el ecosistema. La leña, por ejemplo, es un producto natural del bosque conservado, como efecto de la renovación natural de los ejemplares leñosos una vez que llegan a su vida útil y que ofrecen a la leña como subproducto. También está la poda y el corte de ramas, para obtener leña, sin que se atente contra el ecosistema.
- El uso de los animales de tiro (bueyes, caballos, mulas, etc) que conviven en la finca campesina proporcionando fuerza y movilidad en forma sustentable.
- El aprovechamiento de la energía solar para el secado de granos y otros usos, así como a través de paneles solares para producir energía eléctrica y térmica.
- El uso de la energía eólica para producir fuerza (molinos de viento), para bombeo de agua y para generar energía eléctrica.
- El reciclado de residuos, para obtener elementos valiosos a volver a ser utilizados (metales, vidrio, plásticos, papel, etc) y abono (reciclado de productos orgánicos).

Además, en la producción de energías renovables hay que apuntar más a lo comunitario, a la producción en pequeña escala, para abastecer una finca, una comunidad, un asentamiento. La producción energética a escala local tiene muchísimo menos impacto negativo en el

medio ambiente, y permite la gestión comunitaria y colectiva de las fuentes de energía por parte de los propios beneficiarios, con el apoyo y el control del Estado:

“A nivel local, más comunitario, este país tiene un potencial de generación de energía enorme, que puede ser a través de fuentes solares, inclusive en el Chaco o cerca de los ríos puede ser eólica, o hidráulica con pequeñas unidades generadoras, que se conecten a las necesidades locales, de las comunidades próximas. También el uso de la biomasa no tiene que ser eliminado, pero si debe estar adecuado a la disponibilidad de biomasa, y los usos deben ser los tradicionales” (Miguel Lovera, 2015).

Las opciones existentes en lo energético, ambiental y económico permiten asegurar que una sociedad alternativa sea viable, es cuestión de concientización, decisión política, organización y movilización popular en esa dirección.

Recuperemos el tereré jere para nuestros niños y niñas, nuestros hijos e hijas, los que nacieron y los que están aún esperando su momento, su lugar, su tekoha, donde puedan compartir un rico tereré y sus almas hechas silencios, miradas, abrazos, palabras. Haciendo realidad lo que el gran poeta chileno soñaba hace más de medio siglo para nuestramérica:

*Patria, naciste de los leñadores,
de hijos sin bautizar, de carpinteros,
de los que dieron como un ave extraña
una gota de sangre voladora,
y hoy nacerás de nuevo duramente
desde donde el traidor y el carcelero
te creen para siempre sumergida.

Hoy nacerás del pueblo como entonces.*

*Hoy saldrás del carbón y del rocío.
Hoy llegarás a sacudir las puertas
con manos maltratadas, con pedazos
de alma sobreviviente, con racimos
de miradas que no extinguió la muerte,
con herramientas hurañas
armadas bajo los harapos.*

América Insurrecta (1800)

(fragmento)

PABLO NERUDA

Bibliografía

- Caravias, José Luis 2003 Vivir como hermanos (Asunción: CEPAG)
- Caravias, José Luis S.J. (Coord) 2011 En busca de la tierra sin mal (Asunción: CEPAG)
- Giap, Vo Nguyen 2013 Guerra del pueblo, ejército del pueblo (Buenos Aires: Editorial Cienfiores)
- Guevara, Ernesto 1992 El socialismo y el hombre en Cuba (Nueva York: Pathfinder)
- Instituto Agroecológico Latinoamericano IALA Guaraní 2014 Agroecología: Diálogo de saberes en el encuentro de culturas (Nueva Italia: IALA Guaraní)
- Marx, Carlos 1859 Prólogo a la Contribución a la crítica de la Economía Política (Berlín).
- Marx, Carlos 1867 El Capital Tomo I (Hamburgo).
- Melià, Bartomeu 1997 El Paraguay inventado (Asunción: CEPAG)
- Melià, Bartomeu 1997 Una nación dos culturas (Asunción: CEPAG)
- Melià, Bartomeu 2012 El buen vivir guaraní: teko porâ, en Agenda Latinoamericana 2012 (Asunción: CEPAG).
- Melià, Bartomeu y Temple, Dominique 2004 El don, la venganza y otras formas de economía guaraní (Asunción: CEPAG)
- Papa Francisco 2015 Laudato Si. Carta Encíclica sobre el cuidado de la casa común (Asunción: Paulinas)
- Roa Bastos, Augusto 1977 Paraguay, una isla rodeada de tierra (UNESCO)
- Rojas, Luis 2014 La metamorfosis del Paraguay (Asunción: BASE IS)

White, Richard Alan 1984 La primera revolución radical de América
(Asunción: Ediciones La República)

Entrevistas realizadas para esta investigación

Alberto Acosta, Economista (Ecuador). Octubre 2015

Alberto Alderete, ex Presidente del INDERT. Agosto 2015

Alicia Amarilla, Coordinadora Nacional de Mujeres Trabajadoras Rurales e Indígenas (CONAMURI). Setiembre 2015

Andrés Wherle, ex Vice Ministro de Agricultura, octubre 2015

Arnaldo Mendoza, Organización Zonal de Agricultores Ecológicos, octubre 2015.

Bartomeu Melià SJ, Antropólogo. Setiembre 2015

Eduardo Gudynas, Especialista en Ecología Social (Uruguay). Octubre 2015

Genaro Ferreira, Asociación de Productores Orgánicos (APRO). Octubre 2015

Gregorio Gómez, ex miembro de las Ligas Agrarias. Setiembre 2015

Jorge Escobar, Ornitólogo y Ambientalista. Agosto 2015

Marcial Gómez, Federación Nacional Campesina (FNC). Agosto 2015

Melquiades Alonso, Pedagogo. Setiembre 2015

Miguel Lovera, ex Presidente del SENAVE. Agosto 2015

Milena Pereira, Especialista en DDHH. Setiembre 2015

Mirta Moragas, Especialista en DDHH. Octubre 2015

Oscar Bazoberry, Sociólogo Rural (Bolivia). Setiembre 2015

Ricardo Canese, Especialista en Energía. Agosto 2015

Se terminó de imprimir en diciembre de 2015.

Arandurã Editorial

Tte. Fariña 1028

Teléfono: (595 21) 214 295

e-mail: arandura@hotmail.com

www.arandura.com.py

TERERÉ JERE

**Alternativas a la
sociedad paraguaya actual**

En este libro que se presenta como una rueda de tereré, más que la del autor, se escuchan las muchas voces de quienes están preocupados por encontrar alternativas al rumbo que lleva al precipicio. El panorama es sombrío, como en los crepúsculos, pero no todo está perdido y se reúne aquí un enorme caudal de esperanzas y alternativas que ya tuvieron éxito y que incentivan a caminar, haciendo camino.